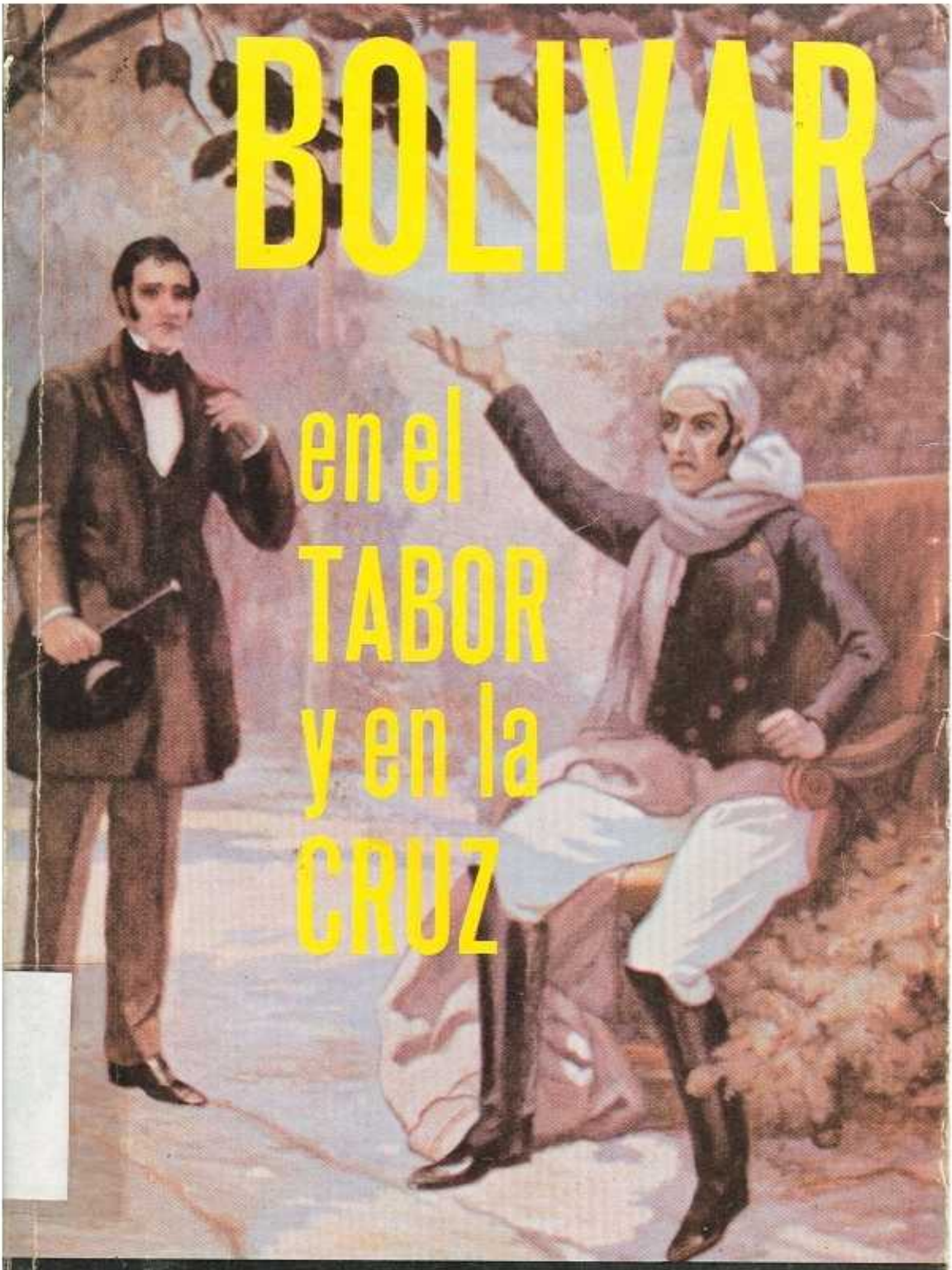
BOLIVAR

en el TABOR y en la CRUZ



JOSE DE LA CRUZ HERRERA

. . . . Lo que produce asombro y eleva hasta llegar a la sensación de lo sublime es el episodio que refiere don Joaquín Mosquera. Advertido del peligro de muerte en que se encontraba su amigo íntimo y venerado, corrió a Pativilca y refiere de este modo su entrevista con el Libertador: "Encontré al Libertador ya sin riesgo de muerte del tabardillo, que había hecho crisis; pero tan flaco y extenuado que me causó su aspecto una muy acerba pena. Estaba sentado en una pobre silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, y sus pantalones de jira que me dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas; su voz hueca y cadavérica. Tuve que hacer un grande esfuerzo para no largar mis lágrimas y no darle a conocer mi pena, mi cuidado por su vida. Todas estas consideraciones se me presentaron como una falange de males para acabar con la existencia del héroe, medio muerto; y con el corazón oprimido, temiendo la ruina de nuestro ejército, le pregunté: ¿Y qué piensa hacer usted ahora? Entonces avivando los ojos huecos y con tono decidido me contestó: "¡TRIUNFAR!"

(Capítulo XIV de esta obra)

El cuadro de la cubierta, representa el pasaje descrito arriba.

La notable obra pictórica fue ejecutada por el peruano Daniel Hernández. El original se conserva en Lima. Para esta cubierta se empleó la copia hecha por Hinestroza, discípulo de Hernández, la cual forma parte de la colección de pinturas del licenciado Luis Carlos Noriega.

CONCEPTOS EN TORNO AL PRIMERO Y SEGUNDO LIBRO DE LA TRILOGIA BOLIVARIANA DE JOSE DE LA CRUZ HERRERA

De Gabriela Mistral (acerca de DON SIMON DE BOLIVAR O LA FORMACION DE UN LIBERTADOR) —"Reseptado compañero José de la Cruz: bienvenido el libro rico.....Mucho le agradecerán a usted esta obra los bolivarianos. ¿Y quien no lo es? Generoso ha sido usted hacia el gran generoso, como que ha dado a su estudio tantos años de vida. Voy leyéndolo lentamente y me acompañará en mi viaje a Italia.....Es don grandísimo el entregarse así a un héroe.....Pocos pueden contar eso. Y esa es la razón de los libros de pizca y mostacilla que circulan... ¡Gracias pues! ....Yo, chilena, quiero mucho a vuestro padre. Mío, lo es también.

De Abel Villegas Arango prominente periodista panameño (acerca de DON SIMON DE BOLIVAR O LA FORMACION DE UN LIBERTADOR) —"...El doctor Herrera coge el hilo de aquella noble existencia en los primeros días del niño, desmenuza con maestría el desarrollo psíquico y mental de Bolívar en su adolescencia, demora en su temprana juventud que fue el vivero de esas impresiones de la subconciencia que perduran a través de toda su vida, y nos ofrece un rico vistazo al ya ampliado horizonte del hombre, del patriota, del libertador de naciones. El todo es tratado con una rara fineza que hace la lectura del libro un genuino deleite espiritual de principio a fin...."

De Félix Restrepo presidente de la Academia colombiana de la lengua—"Muy estimado amigo y colega: ....no puedo menos de felicitarlo por esta magna obra comenzada con el volumen DON SIMON DE BOLIVAR O LA FORMACION DE UN LIBERTADOR y que esperamos ver coronada con el BOLIVAR EN EL TABOR Y EN LA CRUZ. El que no conozca sus múltiples aficiones y que no sepa que usted ha cultivado como pocos en América los autores griegos y latinos, se imaginará que ha pasado usted toda su vida estudiando la vida de nuestro Libertador. Trabajos como este que estoy comentando y sus traducciones de Sófocles, lo dejan a uno admirado y le demuestran que todavía hay titantes en la América, si no de los que fingió la mitología, sí de los que define el diccionario de la Academia española....".

De Atlántida de Buenos Aires (acerca de DON SIMON DE BOLIVAR O LA FORMACION DE UN LIBERTADOR) —".....Contemplando a través de una vasta erudición los rasgos juveniles de Simón Bolívar; poniendo en tela de juicio o rebatiendo con valiente sagacidad tópicos que circulan como intocables, y haciendo uso en fin, de sus vigorosas dotes de interpretación—tanto más vivas cuanto más rigurosas—el autor de este libro nos presenta algo más que la biografía de un niño y de un joven: nos ofrece la imagen misma del Libertador, en su acabada trascendencia.... Es pues éste uno de los libros más apasionantes—y que sin duda ha de suscitar polémicas junto a las alabanzas—del ilustre escritor panameño doctor José de la Cruz Herrera".

De Manuel José Forero (en el boletín No. 162 de la Academia de Historia de Caracas) —"José de la Cruz Herrera nos ofrece otra de sus altas manifestaciones... BOLIVAR, FORJADOR DE LA LIBERTAD, complementa el análisis elaborado anteriormente por el mismo acerca de la FORMACION DE UN LIBERTADOR..... Tiene el libro una cualidad notoria y viva que consiste en que al narrar episodios leídos mil veces traza cuadros renovados y frescos. El buen escritor, el humanista ponderado y el crítico severo, están de relieve en BOLIVAR, FORJADOR DE LA LIBERTAD.

De Octavio Castro Saborío (presidente de la Sociedad Bolivariana de Costa Rica)—Las páginas de DON SIMON DE BOLIVAR son sencillamente admirables; fluídas, diáfanas y plenas de la palpitante emoción que brota a raudales del espíritu selecto y del pensamiento razonador y siempre ecuánime del autor....esta clarividencia de su acento inspirado y renovador será sin duda de aquellas que logran repercusión continental y siempre será de actualidad por la magnífica y armoniosa intensidad que vibra en sus páginas y la veraz apreciación de los acontecimientos...."

De Eulalia María Lobo (notable publicista brasileña, doctora en historia (acerca de BOLIVAR FORJADOR DE LA LIBERTAD) "...da um panorama claro da situacao economica, política, social; da maneira de pensar de realistas e de revolucionarios no período retratado fugindo a falha da mairoia das biografías, en que o autor fica a tal punto absorvido pela personalidade de biografiado, que se esquece da época, do ambiente em que viveu. ...O seu livro vai me ser de grande utilidade para o curso que dou na facultade nacional de Filosofia, sobre historia de América.

De Luis Beltranena Sinibaldi (académico guatemalteco)—".....confieso que al empezar con DON SIMON DE BOLIVAR O LA FORMACION DE UN LIBERTADOR, tenía una prevención: se ha

(Pasa a la 3a. cara de esta cubierta)

José de la Cruz Herrera

BOLIVAR
en el Tabor y en la Cruz

EL BOLIVAR de Epifanio Garay que se conserva en el Palacio Presidencial de Panamá.

"... Un hombre completo en el señorío de todos los efectos humanos, que por más diversos que sean, encuentran en sus labios la expresión adecuada que los hace documentos justos de su complejo espíritu de hombre guerrero, estadista vigilante, caballero social, genial pensador, patriota inmaculado. Hombre más completo y equilibrado de dotes y cualidades, es imposible encontrarlo en la historia". (Página 160)

JOSE DE LA CRUZ HERRERA

José de la Cruz Herrera

BOLIVAR en el Tabor y en la Cruz

Año de MCMLXXVI
EDICION DE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA
CIUDAD DE PANAMA

EL DOCTOR JOSE DE LA CRUZ HERRERA
ESCRIBIO EL PRESENTE LIBRO

BOLIVAR EN EL TABOR
Y EN LA CRUZ

Y OTROS DOS ANTERIORES:

DON SIMON DE BOLIVAR
O LA FORMACION DE UN LIBERTADOR
Y
BOLIVAR, FORJADOR DE LA LIBERTAD

CON LA MIRA DE QUE EL CONJUNTO
CONFIGURE LA VIDA ENTERA DEL LIBERTADOR
CON LAS PROYECCIONES DE SU PENSAMIENTO Y DE SU OBRA
EN LA HISTORIA DEL MUNDO

DONACIÓN
CÉSAR CANDANEDO

BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMÁ
ERNESTO J. CASTILLERO R.

EDICION DE LA
ACADEMIA PANAMEÑA DE HISTORIA

PARA CONMEMORAR EL
SESQUICENTENARIO DEL CONGRESO ANFICTIONICO DE PANAMA

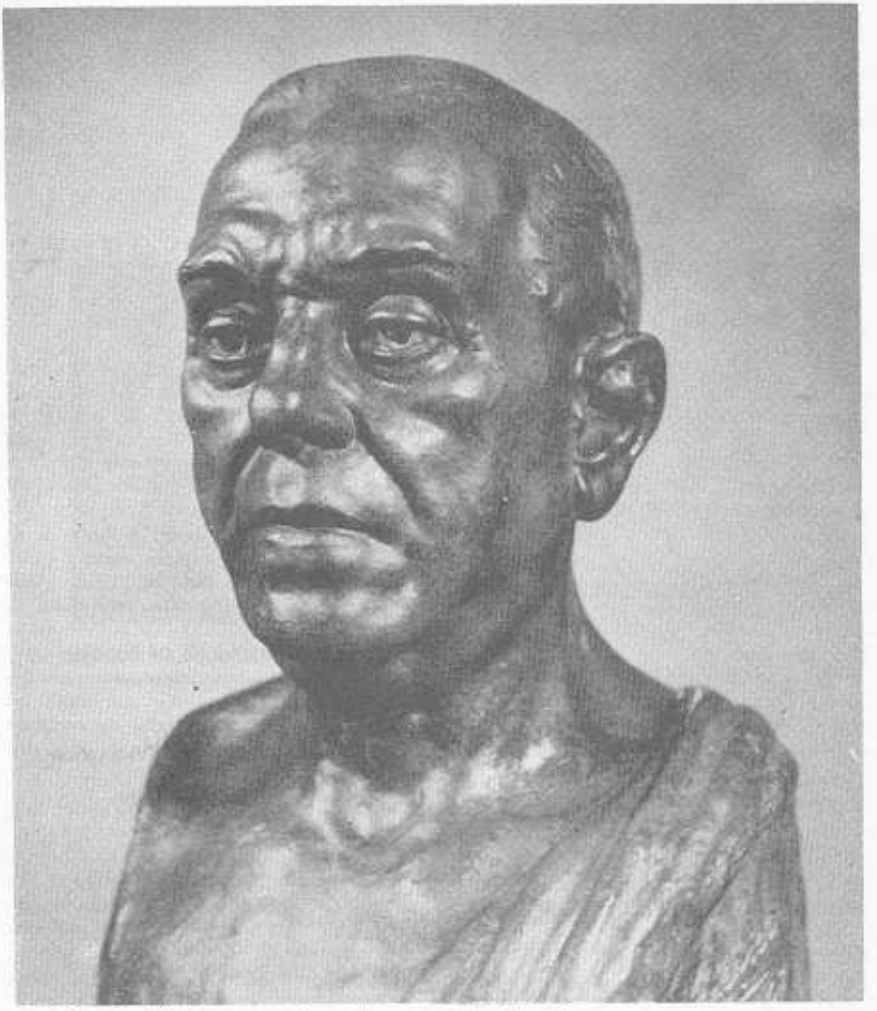
Impreso el año de 1976
en los Talleres de la Impresora Panamá, S. A.

Museo de Bellas Artes

A la memoria de mi esposa
Cora Franco de Herrera.

José de la Cruz Herrera

Notas de reconocimiento para
don Roberto Torres Suárez; y para mi nieta Conchita, cariñosa y eficaz amanuense.



Bronce del autor, por el escultor argentino Chierico, emplazado en la calle José de la Cruz Herrera, en la ciudad de Panamá.

José de la Cruz Herrera

"Dirigió la Sociedad Bolivariana de Panamá por varios años con su acostumbrado fervor, y al dejar su presidencia era ya una institución de relieve continental, a la que dotó de magnífica biblioteca. Radicado en la Argentina emprendió y logró la fundación de la Sociedad Bolivariana de la República Argentina, que está dedicada a honrosas actividades culturales y de reivindicación histórica en el país."

Edmundo Gutiérrez en el prólogo de *Don Simón o la Formación de un Libertador*, por el doctor José de la Cruz Herrera.

Acerca de una TRILOGIA BOLIVARIANA y de su autor JOSE DE LA CRUZ HERRERA

"DON SIMON DE BOLIVAR o la formación de un Libertador" (editorial Atlántida, Buenos Aires, 1947); y *"BOLIVAR, forjador de la Libertad"* (edición de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1957; además de la presente obra *BOLIVAR EN EL TABOR Y EN LA CRUZ"*, (cuyas páginas originales apenas alcanzó a repasar su autor tres días antes de su fallecimiento el 9 de diciembre de 1961), completan la trilogía con que el doctor José de la Cruz Herrera, *el más señalado humanista panameño de todos los tiempos** rinde homenaje al libertador, "en nombre de la sexta de las hijas de Bolívar"... *"Mi tarea es de divulgación y me la he impuesto como debido tributo que al padre de la patria debe Panamá, mi país, donde no se ha hecho todavía mucho en este sentido. Ojalá que mi humilde iniciativa sirva de estímulo para que sus historiadores y gentes de letras hagan resaltar con mejores dotes y capacidades cuánto debe la república panameña, la sexta de las hijas de Bolívar, al hombre singular que con visión tan exacta y justa comprendió y vaticinó el papel preponderante del istmo en los destinos de la humanidad, e hizo de su suelo el asiento de la asamblea que ha servido de base firme para echar los cimientos de una política americana y universal que brega por desterrar del mundo el imperio de la fuerza para dirimir los conflictos provenientes de egoistas aspiraciones nacionales y de las diversas y falsas interpretaciones de la justicia"*, expresó el ilustre historiador en relación con estas obras.

Citemos del *"ELOGIO DE JOSE DE LA CRUZ HERRERA"* por el académico panameño, doctor Ismael García M., este párrafo relativo a la obra bolivariana que nos ocupa: "Si la información de carácter erudito es de abundancia que alcanza los límites de lo extraordinario, no es menos cierto que los puntos de vista del autor se apartan de las opiniones más o menos consagradas, en un intento por colmar la verdad histórica en sus justas y cabales dimensiones; para desterrar ideas o hechos atribuibles al héroe, que más bien pertenecen al domonio de la leyenda o mito. Y con ello el biógrafo no empequeñece al genio ni le resta adorno alguno a su gloria. Más bien lo coloca en el plano correspondiente a su humanidad".

Solía decir el doctor Rafael María Carrasquilla, insigne rector del Colegio Mayor del Rosario de Bogotá y maestro de José de la Cruz Herrera, que Bolívar es "el mayor amor de mi alma después de Dios y a la par de mi patria y de mis padres"; y el presbítero Ortega y Torres, en carta de felicitación al doctor Herrera apunta que quizá a Carrasquilla se deba mucho del amor de Herrera hacia Bolívar. Pero viene al caso señalar que esa veneración incontenida, así como justa y serena de Herrera por el Libertador, afloró en él desde sus tiernos años de razón como lo dice él mismo en los siguientes fragmentos que entresacamos de un relato que apareció publicado en 1926: ". . . sé por experiencia que el niño tiene, más que el hombre formado, conceptos sublimes que elevan su intelecto y su voluntad a alturas que no analiza, pero que las entiende por intuición, así sean muy abstractas. Y yo conservo ese concepto que cuando niño, tenía, sintético, de la gloria, envuelto en tenues cendales que llevan los colores del iris".

*"Tenía yo ocho años. Ya sabía leer. Entre las lecturas que hacían mis delicias figuraba ante todo MI DELIRIO SOBRE EL CHIMBORAZO, de Bolívar.** No puedo asegurar que al tomárseme cuenta detallada de todos sus conceptos y explicación de todos sus símbolos y figuras, fuera yo capaz de penetrarlos y explicarlos: no, ciertamente no podía analizarlos. Pero de una cosa sí era capáz: de mirar al través de esas palabras*

---

* Concepto consignado por el ilustre académico panameño Gil Blas Tejeira.

** Mi delirio sobre el Chimborazo aparece completo en páginas 158 a 160 de este libro.

como tras un telescopio cuya composición me era totalmente ignorada, y darme, no obstante, cuenta de un mundo infinito de moles intactas, piélago opulento de luces sin ocaso, inefable maravilla de equilibrio y armonía. Y sentía nacer alas en mí y un impulso incomprensible me impelía a hacer altura; y como Bolívar ascendió el Chimborazo por las huellas de La Condamine y de Humbolt, mi vuelo me llevaba no ya tras los vestigios, sino a la par del Libertador, y me sumía en su misma visión mística. Y el tiempo con sus arreos de destrucción, y con sus palabras de reproche a la vanidad humana, con su ascendrada apariencia de eternidad, y la réplica tan vigorosa de Bolívar que parece hasta robar a aquel su austeridad y su aspereza, todo se mezclaba en mi espíritu por modo inefable para formar un solo concepto; la gloria que me inflamaba como si yo también, cual el Padre de la Patria, tocase con mi cabeza la copa del firmamento.

"Sucedió que tras corta estancia en la isla mayor del archipiélago de las Perlas, me trajo mi padre a la capital. Desde que desembarcamos percibí un ruido y movimiento inusitados, y pude darme cuenta de que la ciudad vestía de gala y rebosaba alegría. Era que se aprestaba ese día para recibir al conde Ferdinand de Lesseps en su segunda visita al istmo... Todos rivalizaban a porfía para hacer pública manifestación de afecto y regocijo a quien había abierto una era de prosperidad sin igual en el comercio panameño después de exhaustos los arroyos de oro de la California.*

"No hay duda; lo semejante busca lo semejante. ¿Quién navegó de noche por el inmenso mar, que no observe cómo el infinito que ruge a sus pies le hace levantar los ojos para contemplar el infinito que navega sobre su cabeza con suaves atavíos de luz?

"Yo, sin analizar, en un impulso instintivo y sintético que me impelió en menos de un segundo al pensamiento y a la acción, convertí las auras que me hablaban del egregio visitante, alma del Canal de Panamá, en una ráfaga poderosa de gloria, y me dije íntimamente y con firme resolución: como que ahora que salga con mi padre y mis tías a las celebraciones, me encuentre por allí con el conde de Lesseps voy a **echarle** *un* **discurso**. *Y como no tenía más argumento ni más ideas que el desnudo concepto de GLORIA, y como Bolívar era para mí la encarnación de ese concepto, y en MI DELIRIO SOBRE EL CHIMBORAZO se me presentaba Bolívar mismo, esto es decir, la gloria sin limitaciones ni cortapisas de tamaño, color, figura, tiempo ni lugar, LA GLORIA, la gloria inasible e infinita, la atracción fue natural: eché mano a mi libro de lectura porque* **mi discurso se encontraba en sus hojas** *y debía repasarlo para no olvidar ni una sola palabra en el momento de* echarlo.

"Ya encanecen mis sienes; pero sé íntima y firmemente que si me hubiese encontrado cara a cara con el conde de Lesseps, le hubiera **echado mi discurso** *sin remedio; y siento cierto orgullo al recordar el episodio no obstante la gran proporción de lo cómico que encierra, porque no encuentro que en un chiquillo de ocho años fuera posible un homenaje más sentido al genio de Caracas, y un contacto más íntimo con el espíritu del padre de la Patria".*

En la contracubierta de este libro, el tercero de la trilogía bolivariana por José de la Cruz Herrera aparecen algunos conceptos – encabezados por el de Gabriela Mistral – acerca de las dos obras precedentes: **DON SIMON DE BOLIVAR o la formación de un libertador; y BOLIVAR, forjador de la Libertad,** respectivamente. Nos permitimos recomendar su lectura.

---

* El autor, JOSE DE LA CRUZ HERRERA, nació en el caserío de Garachiné, Panamá el 5 de julio de 1876 y falleció en Buenos Aires el 9 de diciembre de 1961. En el Colegio Mayor del Rosario de Bogotá se doctoró en filosofía y letras; y tenía veintitres años cuando logró otro título: el de profesor de medicina veterinaria. "Este colosal ingenio es pedagogo, filólogo, filósofo, humanista, historiador, literato y poeta, periodista, políglota" (datos entresacados de una nota biográfica por la doctora Concha Peña, directora de la Biblioteca Nacional de Panamá, aparecida en la Estrella de Panamá en abril, 1956). Fue además patriota ejemplar cuyas campañas implacables en pro de la restauración de nuestra soberanía mutilada por la usurpación de nuestros derechos en el Canal fueron inspiración resplandeciente para los panameños. De ascendradas virtudes cívicas, encarnación del hombre honorable, católico militante, fue "el creyente, el sabio, el místico forjador de maestros; fue el artista que cinceló con mano firme la mente y corazón de sus alumnos y los guió por difíciles caminos hasta los planos nobilísimos del espíritu, donde Belleza, Bien, Verdad, son realidades" (citando a la profesora Beatriz Miranda de Cabal, una de sus discípulas, escritora y educadora panameña).

La Sociedad Bolivariana de Venezuela

Considerando:

Que el sábado 9 de diciembre del presente año falleció en la ciudad de Buenos Aires el Dr. José de la Cruz Herrera, notable hombre de letras panameño e historiador bolivariano de reconocido prestigio en América;

Considerando:

Que el Dr. José de la Cruz Herrera se distinguió como ferviente admirador de las glorias del Libertador, a cuya personalidad y obra consagró profundos estudios;

Considerando:

Que el Dr. José de la Cruz Herrera, durante su dilatada vida, prestó muy valiosos servicios a la causa bolivariana, habiendo figurado entre los fundadores de la Sociedad Bolivariana de la República Argentina y desempeñado la Presidencia de la Sociedad Bolivariana de Panamá,

Acuerda:

1º — Declarar motivo de duelo la sentidísima muerte del Dr. José de la Cruz Herrera.

2º — Entregar copia caligrafiada de este Acuerdo a los deudos del ilustre consocio fallecido.

Dado, firmado y sellado en el Salón de Sesiones de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, en Caracas, a los doce días del mes de diciembre de mil novecientos sesenta y uno.

Gustavo L. Mendoza
Presidente

J. A. Escalona Escalona
Secretario General

SOCIEDAD BOLIVARIANA DE VENEZUELA
SECRETARIA
CARACAS

"Los caballos de su fúnebre carroza venían trotando cada día más veloces al encuentro de su cadáver" . . . (Página 446 de esta obra)

El Libertador, en su lecho mortuorio, por Pedro A. Quijano

"El retumbo estrepitoso de las olas ya no le recordaba los días de sus proezas guerreras sino la voz del infinito que le llamaba" . . . (Página 501 de esta obra)

"Llegó por fin el 17 de diciembre; a la una de la tarde expiró con admirable serenidad y paz. Ese día y esa hora eran los mismos que en 1819 vieron surgir de su cerebro en Angostura, la República de Colombia" . . . (Página 503 de esta obra).

Capítulo I

ANTECEDENTES

RESUMEN

Vagos anhelos de independencia antes del 5 de julio de 1810 – Influencia de la institución española de los cabildos – Autonomía natural de las grandes divisiones coloniales – Luchas civiles entre los conquistadores – Levantamientos sin conección entre sí, para protestar contra los abusos del vasallaje – Influencia de la mezcla de las diversas razas y del escenario en el grito final de independencia – Autonomía económica e independencia absoluta – Brevísimo resumen de la vida de Simón Bolívar – Su poco adelanto intelectual – Su preferente atención a las conversaciones de los mayores – Su marcha a Madrid – Cambio de su actitud ante el estudio – Su matrimonio – Su viudez a los diez y nueve años – El juramento en Roma – Vuelta a América – La lealtad al rey engendra en los americanos la idea de la independencia – Un discurso de Bolívar determina el grito de independencia del 5 de julio – Comandante de Puerto Cabello – Traición de Francisco Fernández Vinoni – Prisión de Miranda – Salvoconducto de Monteverde para Bolívar – Llega a Curazao – Se embarca para Nueva Granada – El manifiesto de Cartagena – Campaña del Magdalena – Campaña hasta Cúcuta – La Campaña Admirable – Campaña de Puerto Cabello – Libertador de Venezuela – Acosado por todas partes – Triunfos brillantes y derrotas desastrosas – La emigración – Segundo destierro – En Nueva Granada – Toma de Bogotá – Expedición contra Santa Marta – Desavenencias con Cartagena. – Tercer destierro, a Jamaica – La carta de Jamaica – Primera expedición de Haití – Fracaso – Cuarto destierro – Segunda expedición de Haití – En los llanos – Boyacá o la liberación de Nueva Granada – Carabobo o la liberación de Venezuela.

ANTES DEL 5 DE JULIO DE 1810 deseos de emancipación, de modo sangriento a veces se manifestaban a lo largo de todo el continente indo español, como flor que se abre a los vientos para anunciar un fruto próximo. Estaban envueltos en una especie de niebla que impedía concretar la visión del verdadero fin a donde era arrastrada la vida de América por irresistible corriente de la historia. Sólo un varon perspicaz, Miranda, se había erguido como maestro y profeta de la radical independencia de todo poder extraño.

Pero el profeta jamás logró llegar hasta las dulzuras de sus visiones felices, a la posesión de la tierra prometida, y Miranda hubo de desaparecer dejando a otros la realización de sus sueños.

Se ha señalado el origen y progreso de las ideas y anhelos de autonomía, y es de justicia hacerlo, en la misma institución española de los cabildos o municipios importada por los colonizadores e implantada vigorosamente por ellos en todas las regiones nuevas. Convertidos en sus comienzos en focos de egoísmo, en límites de separación de los caudillos que defendían con ardor sus posesiones conquistadas, fueron una simiente que prosperó lenta pero seguramente en el sentido de la autonomía de las grandes divisiones en que vino a parar el hemisferio: virreinatos, capitanías generales, presidencias. No necesitaban buscar la separación mutua, que existía de hecho y de derecho. Una brújula muy sensible los orientaba hacia horizontes más amplios: la de los odios y venganzas inspirados por la conducta de los agentes de la corona, por reglamentos y medidas que lesionaban el derecho y la justicia, por el estado social que engendraba la convivencia del español peninsular con el español criollo, el indio, el negro y los diversos mestizajes de las razas, y las cargas onerosas que pesaban sobre los que hacían producir la tierra.

Consecuencia de esta situación endémica, un descontento que iba progresando y acuciándose cada día. Fácilmente sofocada cada explosión, parece que su ejemplo servía de abono a otras que se sucedían indefinidamente. No son estáticos estos movimientos sociales; llevan en sí maravillosa fuerza impulsiva y transformadora.

Luchas civiles entre los mismos conquistadores, en que los caudillos defienden lo que estiman sus fueros y derechos individuales, en cuyo empeño es común que uno pierda la vida y se alce el otro con los despojos de su antagonista: fácilmente se concibe el tránsito de la idea de ese individualismo, del sacudimiento de estorbos que ponen límite al dominio de los hombres, cada cual se considera con mejor derecho de poseer, a la idea de toda una comunidad que considera menoscabado el título de administrador nato de lo propio como fruto de su trabajo y concreción de sus afanes, privaciones y fatigas.

Familiarizados con este estado de guerra para dirimir cuestiones de derecho, es por demás lógico que se acudiese a ella para enfrentarse con los que en nombre de una entidad lejana y soberana gobernaban las tierras y vasallos que por un golpe feliz de la suerte habían venido a aumentar la riqueza y el poder de esa potestad.

Dejando de lado casos de criminales natos como el del célebre Lope de Aguirre que no obedece a razón alguna sino sólo al empuje de su sombría y morbosa naturaleza, el historiador tiene que apuntar en todo el vasto territorio indoespañol levantamientos distintos y numerosos sin más conexión entre sí que los reparos indicados a la injusticia de su vasallaje. Fuera de esta observación el sociólogo debe también tener en cuenta el temperamento especial que produjo la cruza del peninsular y el indio, a la que dieron tinte exclusivo las gotas no escasas de sangre africana que la matizaba, por una parte, o bien, la amalgama directa de ésta con una u otra de aquéllas. Este producto racial se desenvolvía en un escenario donde la civilización no había penetrado, que, por tanto, mostraba sólo su faz arisca e indómita, ocultando su aspecto risueño, amable y poético para el dsfrute de otras almas de más pulimento y educación.

La historia, como lo apunta Mancini, no recogió, ni pudo hacerlo, multitud de movimientos rebeldes en las colonias; pero ellos fueron todos condimento de una pasión subconsciente que despertó un día y se manifestó primero en la proclamación de la independencia económica, luego en la independencia de la tutoría de la junta central de España cuando la usurpación napoleónica; y como lógica consecuencia, en la proclamación de la independencia absoluta de toda otra autoridad externa.

Entre los muchos aizamientos populares de todas las secciones de tierra firme, primeros precursores de la terrible conflagración que redujo a la nada el poderío de España, se recuerdan el del Paraguay con el panameño José Antequera y los comuneros de Fernando de Monpox, igualmente panameño, en el tercer decenio del siglo XVIII; la sublevación de Quito de 1765; la de José Gabriel Condorcanqui o Tupacamaru de 1780 en el Perú; la simultánea de los comuneros de Nueva Granada, en 1781, la más importante de todas, por cuanto sin conección alguna con los trabajos de Miranda, concordó a la postre con ellos al enviar a Europa comisionados que recabasen del gabinete británico ayuda efectiva para la independencia de sud América a cambio de privilegios de importancia para el comercio y poderío de su nación.

Desde que Miranda concibió su vasto plan de separar las colonias de la obediencia de la metrópoli española, empezó a formarse una nueva conciencia en la mentalidad de las clases elevadas de estas tierras; pero ni esta franca y avanzada postura, ni los brotes de rebelión contra las medidas económicas del gobierno español y sus agentes hicieron mayor mella en la masa general de las gentes

para modificar su actitud de sumisión y lealtad, y hay que esperar hasta muy avanzada la cruzada libertadora, allá por los años de 1819 o 1820, para contemplar un cambio decidido en los espíritus.

Mientras tanto nacía en Caracas el 24 de julio de 1783, de una de las más ricas y distinguidas familias de la colonia el hombre que con su constancia y tesón indomable había de lograr ese resultado indispensable para dar estabilidad a la obra que él mismo adelantaba y llevaba a cabo. Era Simón Bolívar.

Su madre doña Concepción Palacios primero, y al quedar huérfano de ella y de su padre don Juan Vicente Bolívar, que la había precedido, sus tutores, hicieron lo posible por dotarle de una esmerada educación así como a su hermano mayor Juan Vicente. No parece que adelantara mucho en sus estudios, y es fama que su atención se aplicaba de preferencia a escuchar las conversaciones de sus parientes y otras gentes mayores que él, en cuyas quejas y comentarios bebió sin duda las primeras lecciones de disconformidad con el régimen colonial. Sin embargo, vivía anhelante por que se le enviara a España, meta dorada de todo bien nacido caballero, y después de dudas y vacilaciones de su familia partió de la Guayra para Madrid el 19 de enero de 1799 en el vapor San Ildefonso; su capitán, un descendiente de la sangre de San Francisco de Borja, don José de Iriarte y Borja.

Simón no había cumplido aún los diez y siete años, pero llevaba en la memoria un tesoro de recuerdos adversos a la administración colonial y en su imaginación se apretujaban imágenes de suplicios horrorosos que presenció; por ejemplo, los que se aplicaron a los reos de la conspiración de Gual y España. Su adelanto intelectual era desastroso, como lo revela la primera carta que de él se conserva, escrita desde el puerto de escala de Veracruz, Méjico, el 20 de marzo, sesenta días después de haber dejado el puerto de la Guayra.

A España y a la tutela de su tío materno don Esteban Palacios llegó hacia el tercer trimestre de 1799. No podía ser más oportuno el momento para educar al joven en los sentimientos patrióticos que habían de conducirlo a sus futuras proezas y buen éxito final. La intriga y corrupción de la corte borbónica hubieron de asquearlo grandemente.

Al mismo tiempo su actitud ante las disciplinas escolares varió gradual y totalmente y a poco se nota el cambio en su correspondencia.

Casado con doña Teresa Toro y Alayza, volvió a su tierra natal en 1802. Su idilio se interrumpe a los ocho meses escasos: su

amada compañera fue víctima de la fiebre amarilla endémica entonces en la capital de la colonia.

El doloroso suceso cambió el rumbo de la vida de Bolívar. La tribulación de su viudez en la temprana edad de 19 años le inspiró abandonar la administración de sus cuantiosos bienes y sin norte preciso tomar el camino de Europa para ahogar su pena en el movimiento: feliz resolución que vino a revelarle su vocación y destino. Porque el contacto con la personalidad de Napoleón le dejó ver al desnudo el alma ambiciosa del emperador y le inspiró la detestación de los hombres que para su adelantamiento maquinan sin escrúpulo la guerra injusta y el sometimiento de la libertad a sus caprichos. Ya era una tema su anhelo por conquistar gloria mediante la liberación de su patria, que llegó a su punto crítico en la célebre tarde en que acompañado de su antiguo maestro de primera letras don Simón Rodríguez y su pariente Fernando Toro pronunció en el monte Sacro, la colina romana, el célebre reto: "Prometo no dar descanso a mi brazo hasta expulsar de mi tiera a los españoles".

Cuatro años fructuosos en que sucesos, hombres y sitios enriquecieron sus anhelos de saber y le adornaron con experiencia de gobiernos e instituciones sociales y políticas.

En 1807 llegó de nuevo y definitivamente a su patria en vistas de los memorables acontecimientos en que estaba destinado a obrar como figura descollante y rectora.

Comenzó a poco ese curioso fenómeno que llevó lógicamente de la exaltación de la lealtad a España al rompimiento con las autoridades coloniales y finalmente al desconocimiento y repudio de los lazos de unión con la metrópoli.

Las casas de Bolívar eran nido de conspiradores; su nombre y prestigio toque y llamada de reunión; su decisión y audacia, estímulo y ejemplo; y de ella surgió como fruto el estallido del 19 de abril de 1810 contra el capitán general Emparan, pero en defensa de los derechos del monarca español. Que a Bolívar no satisfacía esta postura de medias tintas quedó memorablemente demostrado cuando enviado al año siguiente por la junta revolucionaria de Caracas a Londres como embajador para que sostuviese las miras de ella, abogó en cambio por la radical independencia; y contra las advertencias y escrúpulos de sus comitentes pactó con Miranda la indeseada vuelta al suelo de la patria.

Llegó el 5 de julio de 1811, fecha en que a consecuencia de un encendido discurso suyo se proclamó por el congreso la absolu-

ta autonomía que desde el 19 de abril de 1810 había sido sólo motivo de contemporizaciones, pues los próceres no se decidían sino por una especie de independencia económica, reconociendo siempre el dominio de la corona española. El 5 de julio de 1811 se lanzó a ésta el reto formal y definitivo.

Después del fracaso de dos expediciones que Miranda había llevado antes del 19 de abril a las costas de Venezuela, éste había logrado por fin poner pies en tierra firme persuadido e invitado a ello por Bolívar durante su embajada en Londres, como se ha dicho. Miranda vino a ser en la guerra que ardía con fuego inextinguible y amenazaba ser vencida a causa de la lenidad e inexperiencia de sus conductores, la primera figura del ejército y de la defensa de la patria, nombrado generalísimo y dictador. Pero su gestión, lejos de producir el efecto deseado, hubo de alentar al enemigo, que pronto cayó en la cuenta de su debilidad y falta de energía, cualidades que le hicieron desperdiciar los momentos más oportunos para triunfar y aplastar al adversario.

Había confiado al coronel Simón Bolívar el comando de la fortaleza de San Felipe en Puerto Cabello, donde se hallaban presos realistas de influencia, quienes redujeron la guardia republicana, que se alzó y se apoderó del castillo, con la gran cantidad de elementos de guerra que guardaba.

Miranda tenía medios suficientes para someter a los traidores y vencer al general realista Monteverde, pero permanecía inerte, cosa explicable sólo por su humanitarismo y horror a los torrentes de sangre de hermanos que preveía. Antes bien, capituló con Monteverde. Este ocupó a Caracas el 30 de julio de 1812 y desde ese momento su conducta fue la de un perjuro que violó en todo momento lo pactado en San Mateo.

Miranda, injustamente sospechado de traidor por sus oficiales en La Guayra, fue por ellos, y prominentemente entre ellos Simón Bolívar, reducido a prisión y alojado en el castillo de San Carlos mientras le juzgaban y castigaban los revoltosos; pero allí lo encontraron los realistas a la mañana siguiente, avisados de los sucesos por Manual María Casas y Miguel Peña, desleales jefes republicanos de La Guayra.

Bolívar meditaba al prender al Generalísmo, una reacción armada sobre Caracas, pero la traición de Casas y Peña le frustró el intento y hubo a la postre de ocultarse en la capital hasta que obtuvo un salvoconducto para ausentarse del país, mediante los buenos oficios del español don Francisco Iturbe.

Tan pronto como puso pie en Curazao (2 de septiembre de 1812) las autoridades británicas, señores entonces de la isla, ejercitaron su poder confiscándole un equipaje con cuyo rico contenido podría haberse ahorrado las penurias y necesidades de que vivió acosado; pero su ingénita energía y su fe se sobrepusieron a todo inconveniente, a toda incomodidad, y cuando, partido de Curazao con varios compañeros y a fines de octubre (1812) desembarcó en Cartagena, llevaba la decisión de luchar y triunfar y portaba o ya escrito o bien meditado el primero de sus brillantes manifiestos, el llamado manifiesto de Cartagena, base de su fama, origen de su influencia y revelación, en una palabra, de su versación política, social y militar, de sus capacidades y de su genio.

Comenzaron desde entonces sus campañas y proezas.

No fue más raudo el rayo, su efecto no fue más certero y concluyente que lo fueron los movimientos del novel conductor de hombres al acometer y destruir las fuerzas enemigas que ocupaban el río Magdalena, estableciendo así la unión y continuidad entre la costa atlántica y el interior de Nueva Granada; ni fueron más severas y dignas del asombro y respeto del enemigo las dos campañas subsiguientes; hasta San José de Cúcuta la primera, y la segunda, llamada con razón la campaña Admirable, que lo llevó con sus fuerzas improvisadas al corazón de Venezuela, es decir, a la ocupación de Caracas el 6 de agosto de 1813. La última de estas tres campañas la ejecutó en 83 días, admiración no sólo de los americanos, sino aún de historiadores como el célebre César Cantú.

Después del triunfo de Cúcuta había sido elevado a general de brigada por el gobierno granadino de Tunja.

Estos triunfos no fueron interrumpidos por un sólo revés. Fueron, empero, el comienzo de una larga serie de luchas con alternativas de victorias y derrotas que habían de mostrar la increíble constancia del hombre que vivía la noble causa republicana sin parar en desconfianza y enemistad populares, oposición de familia, extinción de su propia fortuna, puesta sin reservas al servicio de la causa cuyo triunfo había jurado.

Fue en esa marcha triunfal de la campaña Admirable cuando en presencia de las inauditas crueldades y violaciones del derecho de gentes por parte del enemigo, se vio obligado a dictar el famoso decreto de Trujillo o de Guerra a Muerte destinado ante todo a atemorizarlos, y después, a quitar a la guerra el carácter de contienda civil que tenía y separar a los dos bandos contendores netamente diferenciados: americanos y españoles, o bien, patriotas y realistas.

Reconquistada la libertad de gran parte de Venezuela, organizada por él la administración civil, apuntalado el comercio hasta donde humanamente era posible, salió de nuevo a campaña con el intento de reducir la fortaleza de Puerto Cabello, convertida en el foco más importante de la reconquista realista, donde se había recluido Monteverde a la aproximación de las fuerzas patriotas de la capital.

Era un momento crucial. Bien equipados, bien resguardados y dirigidos, los españoles resistieron tenaz y valerosamente el asedio republicano que escribió gloriosas páginas como Bárbula y Las Trincheras; pero se veían al mismo tiempo amenazados por el recrudecimiento de la acometida enemiga que por todas partes levantaba cabezas amenazantes, como la hidra de la fábula. Era el año de 1814. El sentimiento republicano había menguado notablemente con los acontecimientos europeos de la monarquía española y la libertad de Fernando VII, que justamente repercutían en América con prestigio para la Península, y atraía a las filas enemigas a los remisos o desconfiados. Y entre la cantidad de sus adherentes que surgieron como plaga mortal para la república apareció el infernal Boves con sus tremendas mesnadas reclutadas en los llanos, de donde venía hacia el norte del país como huracán avasallador y terrífico. De todas partes surgían expediciones realistas animosas y resueltas contra las fuerzas patriotas escasas y carentes, sostenidas sí por el prestigio el ejemplo y la fe nunca decaída del centro y conductor de la revolución, jefe de la guerra, de la vida civil, de la administración de justicia, que era Simón Bolívar. Por todos los ámbitos del territorio se levantaban partidas enemigas que amenazaban acabar con lo que restaba de independencia. Fue ésta una época de sangre, luto, barbarie y heroísmo extremo. Pueblos enteros degollados, invención de nuevas clases de suplicios, proezas de los patriotas para contener las hordas sin Dios ni ley; fue el año de la gloria de San Mateo y Ricaurte, el dolor de La Puerta y la emigración.

Definitivamente fue desbaratado el ejército de Bolívar en Aragua de Barcelona; y la discordia, consecuencia de la derrota, levantó la cabeza contra el héroe generoso que tantas veces había llevado a la victoria las armas republicanas y sostenido incólume el ardor de sus hombres.

Las viles calumnias y acusaciones, el repudio de sus amigos y brillantes subalternos de la víspera, las asonadas de los que súbitamente se convirtieron en émulos, lo empujaron a su segundo destierro y fue a desembarcar nuevamente en las playas de Cartagena

para pasar a Tunja, asiento del congreso granadino con Camilo Torres a la cabeza; de quien son las siguientes palabras de aprobación de sus proezas:

"General, vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestra espada; con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El congreso granadino os dará su protección porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sóis un grande hombre".

La Nueva Granada, en las garras de la anarquía, estaba fraccionada en facciones independientes que por sí sólas constituían una fuerza negativa de la libertad, un aliciente robustecedor de la causa realista. Cundinamarca y Tunja eran los dos focos más potentes. Camilo Torres, presidente del congreso de la Unión le nombró general de división y le encomendó someter a aquélla provincia; y con la toma de Santa Fe de Bogotá dejó plenamente cumplida su comisión, y restaba someter la provincia de Santa Marta para asegurar el dominio del virreinato por los patriotas. Ninguno más adecuado que Bolívar para dar cima a la empresa.

Partió pues de la capital granadina con una expedición que debía completar su equipo en Cartagena.

De nuevo la envidia levantó la cabeza. El coronel Manuel del Castillo, su antiguo émulo y calumniador, opuso cuantos recursos tenía a mano en Cartagena para impedir el éxito de la expedición, lo que dio al fin por resultado el fracaso de su empresa. Se vio el Libertador forzado a renunciar el mando de la columna expedicionaria, tras lo cual se expatrió por tercera vez, ahora a la isla de Jamaica.

Coincidía su ausencia del continente con la llegada de la expedición española al mando de don Pablo Morillo, el Pacificador, destinado a someter a sangre y fuego a los insurrectos criollos. Pero Bolívar, sin mostrar rencor contra los hombres que lo obligaron a tomar el camino del destierro, continuó en Kingston su tarea mediante la prensa, de que se valía para atraer prosélitos a la causa con brillantes artículos. Entre otros notables trabajos, fue entonces cuando a pedido de míster Cullen escribió la celebérrima Carta de Jamaica, llamada también Carta profética, por la atinada manera como analizó las condiciones políticas y sociales de América y extendió su mirada hacia el porvenir, de modo tan exacto y certero, que la famosa pieza no ha perdido aún su vigencia.

Morillo, inteligente y sagaz, comprendió que mientras Bolívar viviese la causa del rey estaría en jaque, y contrató su eliminación

con un catalán que se valió del negrito Pío, cuyo puñal falló por suerte para la libertad americana.

Bolívar comprendió que nada lograba de importancia, y en vez de la relativa inacción de Kingston prefirió volver a Cartagena que lo había repudiado, para cooperar en la defensa de la plaza, estrechamente sitiada por el Pacificador Morillo; pero en alta mar tuvo, por el corsario Barbafán, noticia de que la ciudad había tenido que rendirse.

No volvió a Jamaica, donde su experiencia le indicaba que nada podía lograr para la causa, y resolvió poner proa a Haití, a entrevistarse con el presidente Petión, y pedirle socorros que obtuvo amplia y generosamente del grande hombre. Con esos auxilios armó una expedición a la que la célebre asamblea de Los Cayos, no obstante las voces de discordia y los empeños de la emulación, dio por jefe supremo a Bolívar.

Y la expedición se hizo a la vela después de incorporar a los patriotas esparcidos por otras islas del Caribe. De doscientos cincuenta generales y oficiales, prácticamente sin soldados, no pasaba la flamante expedición que iba a hacer frente a los veintemil realistas que lo habían vencido y los diez mil aguerridos españoles de Morillo—la más bella expedición que jamás agitó el océano y batió las tierras americanas. Y sin embargo, esos hombres triunfaron en el épico combate naval de la isla de Los Frailes. Y llegaron a Margarita, donde se ratificó el nombramiento de Bolívar hecho en Haití como jefe superior.

Sin detenerse en la isla para libertarla totalmente, hízose a la vela hacia Carúpano, que se rinde, y allí expide el decreto de libertad de los esclavos. Su rapidez de movimiento, la sopresa consiguiente del enemigo, eran con su asombrosa visión y cálculo los principales elementos de sus éxitos. Siguió rumbo a Ocumare para internarse en los valles de Aragua. Pero errores de un subalterno y la traición de un oficial ocasionaron un lamentable desastre sin pelear en la playa de Ocumare, y las peripecias llevaron al Libertador a Bonaire en persecución de los elementos guerreros de que se habían apropiado los corsarios, y de ahí a Guiria, donde esperaba encontrar a sus compañeros que habían quedado en Ocumare de la Costa.

Cuarto destierro del Libertador, porque los émulos y ambiciosos le armaron tremenda sedición, y hasta la espada para atacarlo extrajo uno de ellos para evitar su salvación embarcándose de nuevo.

No se descorazona, sin embargo. De nuevo lo acoge Petión. Mientras tanto la lámpara de la libertad iba camino de apagarse, y los compañeros que habían quedado en Ocumare, surgidos ya a la costa del norte de Venezuela, así como otros caudillos, lo llamaron urgentemente a la patria. Don Francisco Antonio Zea, comisionado por aquéllos, le dijo: "Subsiste todavía un resto de buenos patriotas; la patria vive alimentada de una esperanza, pero le falta el hombre superior, capaz de convertir esa esperanza en realidad. Llenos de esta idea los pueblos y el ejército han vuelto la vista al general Bolívar, la primera cabeza de la guerra".

Petión repite sus auxilios bélicos y la nueva expedición desembarcó en Barcelona el 31 de diciembre de 1816. No más curso errante por el mar. En tierra firme hasta el último día de su vida. Estaba, no obstante, entre las inconstancias de la guerra y el estorbo que significaban hombres carentes de su elevado espíritu de abnegación que a su lado y en su campo se movían.

Y emprende la obra de organización, de concentración, de reunión de las fuerzas patriotas que en forma de guerrillas obraban cada una por su cuenta sin la directiva de un jefe superior y común. Pero las peripecias de la guerra recomenzaban. En Clarines recibió seria derrota que aniquiló su división: nueva prueba para su temple de luchador y su fe incontrastable.

Da un paso trascendental en la guerra: la traslada a los llanos, base de mantenimientos, caballerías y soldados.

Nuevos, graves y amenazantes sucesos internos le obligan a fusilar a su brillante teniente Manuel Carlos Piar, con lo que impide la guerra de razas y da a su ejército una lección provechosa de disciplina y obediencia a su autoridad superior.

Más tarde, conatos de rebelión de Paéz, el más peligroso de los émulos por su enorme ascendiente entre la gente llanera. Todo lo superó y desbarató su superioridad innegable, su energía incansable, su talento y su prudencia.

De Angostura, hoy Ciudad Bolívar, convertida a su llegada en arsenal de hombres y elementos, en cuartel general de la guerra, desde donde gobernaba la escuadra y los ejércitos, parte a diversas campañas, da al jefe español sorpresas memorables como la de Calabozo, recibe derrotas tremendas como la segunda de la Puerta y el Rincón de los Toros en que salvó milagrosamente la vida y sufrió otra vez la destrucción de su ejército: nada quiebra su voluntad y sigue impertérrito la tarea que se había impuesto.

No solamente admira su tenacidad bélica: asombra también en sus tareas civiles cuya culminación en esta época azarosa fue la reunión del Congreso de Angostura, que acabó de acreditarlo como estadista sin segundo e impuso ante el universo el respeto que merecen las empresas sinceras y los hombres que desinteresadamente bregan por ideales puros. Una vez más reveló ahora su afán por las cosas de la cultura fundando en las soledades semi civilizadas del Orinoco un periódico, el *Correo del Orinoco.*

El congreso de Angostura lo nombra presidente de la república, e investido de facultades extraordinarias en campaña, parte de nuevo a retar al enemigo.

Audaz ofensiva contra Morillo tras de la cual emprende la famosa campaña hacia Nueva Granada, vía Casanare, al través de los llanos inundados, tramontando los Andes. Morillo, ignorante de semejante arrojo queda incomunicado con Nueva Granada y viene a saberlo cuando triunfante el Libertador en Boyacá y posesionado de Bogotá, el virreinato está ya definitivamente libertado.

Una vez más Nueva Granada fue el camino derecho para la liberación de Venezuela. Volvió Bolívar a Angostura, que con su ausencia se hallaba en la anarquía. Todas las pasiones se extinguieron como por encanto; se proclamó la república de Colombia, constituida por Venezuela, Nueva Granada y Quito; fue elegido presidente del nuevo estado; y tras intensas tareas de organización civil y militar, echó los planes para la total libertad de Venezuela, que se alcanzó en el auspicioso campo de Carabobo el 24 de junio de 1821, que le permitió descansar en su amada ciudad natal de Caracas el 27.

Todo lo resumido tan extremadamente somero y como si se tratase de un esquema, puede leerse, con datos relativamente detallados en nuestros anteriores libros Don Simón de Bolívar o la Formación de un Libertador, (el ambiente del niño, del adolescente y de su primera juventud), y Bolívar Forjador de la Libertad.

La cronología de la presente obra comienza después de la batalla de Carabobo.

Capítulo II

1821

DESPUES DE CARABOBO

RESUMEN

Derrotado en Carabobo, La Torre con el bizarro batallón Valencey resiste aún en Puerto Cabello – Numerosos brotes realistas – El coronel realista Pereyra obtiene los beneficios de la capitulación – El mando militar de Venezuela fraccionado en tres secciones – La primera consecuencia – "Bolívar es un caracol . . ." – Bolívar y la manumisión de los esclavos – Insistencia del congreso para que se trasladase al Rosario de Cúcuta – Nombrado presidente de la república con Santander como vicepresidente – Reservas y condiciones para aceptar la presidencia – Interpretación de sus palabras sobre su incompetencia para el mando – Apreciación de la importancia del istmo de Panamá – "Para nosotros la patria es América" – Toma de Cartagena por Montilla – Montilla instado para la toma de Panamá – Trato incivil dado en Madrid a los comisionados Revenga y Echeverría – Los incidentes del secuestro de los bienes de Iturbe, la viuda de Camilo Torres, doña Inés Mancebo de Millares, el abate de Pradt, la renuncia de sus haberes por haber socorrido a sus parientes y amigos en las Antillas, la negra Hipólita.

LA BATALLA DE CARABOBO (24 de junio) abrió al realista las puertas de Venezuela para que se escapase definitivamente por ellas. Prefirió, sin embargo, resistir por algún tiempo más en Puerto Cabello bajo el comando del general Miguel de La Torre, salvado gloriosamente de las garras mortales de la fortuna, entre las cerradas columnas del batallón Valencey, único sobreviviente de su ejército de 6,000 hombres. Esa retirada en derrota fue el último timbre de gloria con que el valor y pundonor español selló el libro fatídico de la extinción de la monarquía en Venezuela.

Además de Puerto Cabello quedaba en poder de los realistas la importantísima plaza de Cumaná, la mártir Cumaná, que sin embargo, habría de rendirse a los libertadores el 16 de octubre.

Pero no vaya a creerse, por la mención de estos dos baluartes, que eran la excepción en medio de la transformación operada por Carabobo. La voz del sentimiento realista, si acallada momentáneamente por los estampidos de los cañones de la épica jornada, no estaba silenciada hasta la muerte. Por donde quiera iba surgiendo de nuevo la expresión de ese sentimiento que embarazaba los planes de Bolívar para las campañas de Panamá y del sur y estimulaba a la Torre, encerrado vigilante en Puerto Cabello. Bolívar lo había previsto todo y así le fue dado apagar la amenazante insurrección de la provincia de Coro y otras de menor significación, movilizando oportunamente a sus escogidos oficiales con eficientes destacamentos. Páez hubo también de vérselas con tenaces movimientos en la región militar que se asignó, es decir, las provincias de Caracas y Barinas, y sus llanos, centro de sus hazañas anteriores.

Cuando Bolívar llegó a su ciudad natal el 29, sabedor de que el coronel José Pereira había huido con la división de su mando y buscaba su unión con la Torre, le escribe y solicita su rendición: "cuando un oficial ha llenado como V.S. sus deberes aún más allá de lo justo, es una loca temeridad no acceder a las leyes imperiosas e irresistibles de la fuerza y de la necesidad. Seré liberal y tendré particular satisfacción en manifestar a V.S. cuánto aprecio hago del mérito aunque sea en mi enemigo". Y la capitulación amplia y liberal quedó concluída y efectiva el 4 de julio.

"Yo temo más a la paz que a la guerra" había dicho el grande hombre antes de Carabobo. Veía aproximarse la época de la victoria, y en vez de dejarse acariciar por las dulzuras de la ilusión realizada, su temperamento naturalmente melancólico le anunciaba los escollos en que había de estrellarse la felicidad de Colombia al vaivén de las ambiciones y soberbia de muchos libertadores que consideraban sus hazañas como trabajo que había de recompensarse, entre otros modos, satisfaciendo su sed de mando. Entre estos militares díscolos se encontraban Mariño, Páez y Bermúdez, y Bolívar, campeón de la unidad como elemento de orden y fuerza, para evitar los males de una prematura guerra entre compañeros de armas, de una escisión de que habrían salido inmediatamente ganancios los enemigos de la república, se vio obligado a ceder a la necesidad y fraccionó el mando militar en tres partes, asignando una a cada uno de los caudillos. El resultado no se dejó esperar: Páez despachó con cajas destempladas a Soublette, nombrado director supremo de la guerra, que osó llegarse a su satrapía de Valencia.

Como siempre, Bolívar era la antena receptora de todas las necesidades, de todos los dolores, de todas las glorias de la patria y de sus compañeros de armas. Un país asolado, desangrado por once años de la guerra más devastadora de América, desmoralizado y cansado ¿cómo, de dónde, podía sacar fuerzas, recobrar sangre, levantar la virtud cívica y privada, para vivir, subsistir y progresar? Sin su energía, su austeridad, su comprensivo talento, vanos habrían sido todos los esfuerzos y hazañas realizadas. Era, según la feliz expresión del argentino Roberto Torres Suárez, el caracol que al moverse de un lado a otro se desplaza llevando sobre los hombros su casa y cuanto constituye su pertenencia y su incumbencia moral y material. La casa del Libertador era la patria, que con él andaba, con su cerebro pensaba, y al través de su corazón tamizaba el amor al pueblo y a la libertad.

No comprendemos cómo pudo tomar así el levísimo descanso de San Mateo, leve en cuanto a las breves horas que lo disfrutó; intenso por las emociones y recuerdos que tuvo necesariamente que evocar en ese hogar de su niñez; no lo comprendemos porque es increíble el cúmulo de atenciones que le asediaron como secuela de Carabobo.

Después de todo, el Libertador parece haber nacido para afrontar problemas vitales, y a todo lo largo de su vida se puede observar como se presentaban y cómo a todos hallaba la solución que a ninguno de sus contemporáneos ocurría.

De nada serviría la libertad alcanzada si ella fuese sólo para una sección de los ciudadanos, precisamente los que menos tenían que sufrir del estado tradicional de obsecuencia política a la madre España. La libertad tenía que ser igualmente para esa clase infeliz víctima de una institución social que no habían desterrado del mundo las ufanas conquistas de 18 siglos; que la revolución angloamericana mantenía en pie; que la tremenda explosión francesa de 1789 no tuvo absolutamente en cuenta; que en las filas patriotas peleaban y derramaban su sangre como soldados, oficiales y jefes. El mismo había sido poseedor de un frondoso caudal de esclavos, que su sinceridad de ideales y principios no le permitía mantener en semejante estado, y, manumitiéndolos dio uno de los grandes ejemplos. Mas no todos los colombianos poseían su temple de alma, y obligarlos de súbito a desprenderse de tan valerosos elementos para sus empresas y vida doméstica habría sido provocar reacciones de incalculables consecuencias, y esto tuvo en cuenta el congreso de Angostura para no sancionar las medidas que ya Bolívar había dictado en favor de la total y drástica abolición de la

esclavitud. Ahora no podía menos que volver sobre el tema que era motivo preponderante en la historia de su carrera. El modo se lo dictaba la prudencia, y pensó y recomendó al congreso de Cúcuta que los hijos de los futuros colombianos que recibidos en una cuna cruel y salvaje llegan a la vida no debían someter su cerviz al yugo: "los hijos de los esclavos que en adelante hayan de nacer en Colombia deben ser libres, porque estos seres no pertenecen más que a Dios y a sus padres, y ni Dios ni sus padres los quieren infelices". Así entendía conciliar, y era justo, "los derechos posesivos, los derechos políticos y los derechos naturales"; hasta que modificada la conciencia general en el andar del tiempo y en la operación de las nuevas instituciones políticas y sociales, fue posible a las leyes extinguir de raíz esa monstruosidad contra la naturaleza sin choques ni violencias.

Un mes más tarde, el 12 de agosto, el otro gran adalid de la independencia americana, el general San Martín, sancionaba en Lima idéntica medida. "Yo no trato", dice Bolívar, "de atacar de un golpe este antiguo abuso; es preciso que el tiempo mismo que lo ha sancionado, lo destruya; pero yo sería responsable en mi conciencia pública y a mis sentimientos privados, si no preparase para lo sucesivo esta piadosa reforma, conciliando por ahora el interés de los propietarios con el voto de la razón y de la naturaleza".

"Que venga a Cúcuta se me pide, pues dizque necesitan el asesoramiento de mis luces y patriotismo para el mejor desempeño de las graves tareas que los pueblos han echado sobre los hombros del congreso. Y Pedro Gual se hace el instrumento de estos votos, y de este modo embarazan mis proyectos y amenazan con dar en tierra con las grandes empresas que reclaman mi atención en tierras de Venezuela y me mueve a expedicionar sobre Santa Marta, sobre Cartagena y sobre Panamá, antes que algún aficionado se apodere de este vehículo del universo". Gobierne el congreso a Colombia y déjenme a mi en mi elemento. "Yo no sirvo sino para pelear o por lo menos para andar con soldados. Porque me han visto dirigir una barca en una tempestad creen que yo sirvo para almirante de una escuadra. Suele, en caso semejante, hacerlo mejor un simple piloto que un almirante, y no por eso mudarse los talentos ni las condiciones de ambos".

Estos principios y sentimientos expresados en cartas a Gual y Castillo Rada entre otros no fueron bastantes al congreso de Cúcuta para desistir de sus propósitos. Bolívar quería proseguir con libertad sus planes americanos y deseaba además alejar la más leve sombra de que siquiera procuraba acercarse a la sede de la

augusta corporación para ejercer en forma alguna coacción sobre sus deliberaciones. Pero al fin no fue sólo la insistencia epistolar de los diputados y otros funcionarios de la república; porque el 7 de septiembre fue nombrado por el congreso presidente de Colombia en unión de Santander como vicepresidente; y llamado urgentemente a prestar el juramento de estilo, llegó el 29 del mismo mes.

Reservas y condiciones expresó previamente al presidente del congreso en una carta: "Yo juro en el fondo de mi corazón no ser más que un soldado, servir solamente en la guerra y ser en la paz un ciudadano. Pronto a sacrificar por el servicio público mis bienes, mi sangre y hasta la gloria misma, no puedo, sin embargo, hacer el sacrificio de mi conciencia, porque estoy profundamente penetrado de mi incapacidad para gobernar a Colombia, no conociendo ningún género de administración. Yo no soy el magistrado que la república necesita para su dicha; soldado por necesidad y por inclinación mi destino está señalado en un campo o en cuarteles. El bufete es para mí un lugar de suplicio. Mis inclinaciones naturales me alejan de él tanto más cuanto que he alimentado y fortificado estas inclinaciones por todos los medios que he tenido a mi alcance, con el fin de impedirme a mí mismo la aceptación de un mando, que es contrario al bien de la causa pública y aún a mi propio honor.

"Si el congreso general persiste, después de esta franca declaración, en encargarme del poder ejecutivo, yo cederé sólo por obediencia; pero protesto que no admitiré el título de presidente sino por el tiempo que dure la guerra y bajo la condición de que se me autorice para continuar la campaña a la cabeza del ejército dejando todo el gobierno del estado a S.E. el general Santander, que justamente ha merecido la elección del congreso general para vicepresidente, y cuyos talentos, virtudes, celo y actividad ofrecen a la república el éxito más completo en su administración".

Es manifiesto que el Libertador conocía perfectamente el vasto alcance de sus dotes de gobierno como las de su calidad de soldado y caudillo; que muy pocos, poquísimos se le igualaban en el amor puro a la libertad, si bien eran muchos los que la buscaban exponiendo valerosamente sus vidas, pero sin poder menos de mostrar con la explosión de sus apetitos que ese su noble empeño iba, como fino metal de los socavonos, mezclado y amalgamado con despreciables impurezas. Mas las palabras de Bolívar en este punto deben interpretarse como una admonición y lección ejemplar al ambicioso caudillaje que, si ya antes había ocasionado a la república en gestación males desastrosos que él pudo dominar gracias al

poder de que estaba investido por las circunstancias, ahora con el triunfo de la causa y consiguiente cambio en el sistema de gobierno, iba a erguirse altanero y exigente en desmedro de esa libertad tan caramente alcanzada por ellos mismos: "¡Más temo a la paz que a la guerra!"

Ninguno otro de los prohombres colombianos era además tan completo que pudiera abarcar en igual pie de eficiencia todos los ramos del servicio público, desde el militar y el civil, de suerte que el Libertador era en la época el hombre llamado sin disputa a empuñar el timón de la república.

No hubo ficción la más leve en la condición impuesta para tomar posesión de la suprema magistratura: que se le autorizace para continuar la campaña a la cabeza del ejército. No se trataba de la campaña que tenía en mientes sobre Santa Marta, Cartagena y Panamá. Bien sabía que para ésta bastaban sus discípulos, Carreño, Montilla, Salom, Lara y otros tantos que había formado en once años de luchas, compañerismo y ejemplos. Ellos se encargarían de dar en tierra con los restos de las partidas realistas que por esta parte del Caribe y por el interior de Venezuela mantenían aún la esperanza de continuar bajo el dominio tres veces secular. Quizás su mayor preocupación en estos sectores era Panamá, "el vehículo del universo", que, perteneciente al virreinato de Nueva Granada, su posición tan inconexa y separada del grueso de ese territorio lo mantenía materialmente en las codiciosas manos de los peninsulares aun después de Boyacá; y tan importante estimaban su posesión, que las instrucciones a los negociadores José Rafael Revenga y José Tiburcio Echeverría que mandó a España, figuraba la de ceder en cuanto a esa provincia, si era necesario, con tal de que no se malograse el éxito del reconocimiento de la independencia. Una vez logrado, la redención tenía que venir por sí misma. No tenía ahora noticias de que en el Istmo se conspiraba intensamente por alcanzar la ansiada autonomía nacional.

En Ocaña asomaron la cabeza los vencidos, y más grave aún en Coro. El reparo o condición de Bolívar para aceptar la investidura que le otorgó el congreso por cincuenta votos contra siete era una lógica consecuencia de su actitud mental y afectiva ante el problema de la emancipación. No la concibió jamás como empresa estrecha y egoísticamente nacionalista. Sólo Miranda le igualó en este punto. "Para nosotros la patria es América". Con el nombre de Colombia solían el uno como en su tiempo el otro, determinar el mundo nuevo, el mundo de Colón, antes de la creación sancionada por el congreso de Angostura. Era la visión exacta de una realidad palpitante, que aunque parezca extraño, se ocultaba a muchos.

En su cerebro y en su corazón, lo repetimos, la obra de la independencia tenía que ser mirada y ejecutada como un trabajo integral, y como un trabajo íntegro la miró y la consumó. Como tal exigió su concurso a las provincias unidas del Río de la Plata, cuyos prohombres no siempre estuvieron a tono con esa su visión continental.

Coincidió casi con la llegada de Bolívar al Rosario de Cúcuta (29 de septiembre) la toma de Cartagena por Montilla (1 de octubre). El indecible júbilo de éste por el éxito de la comisión que el Libertador le había confiado se tradujo en parte en el envío de las llaves de oro de la ciudad, que aquél no aceptó y se las devolvió: el debía conservarlas con la misma gloria con que las había conquistado. Ahora "es indispensable que usted haga los mayores sacrificios para que el istmo se tome. Haga usted esto en caliente; de otro modo no se hace nunca".

Esto ocurría días después de la brillante ceremonia en que prestó juramento y tomo posesión de la primera magistratura, pues el oficial encargado de comunicarle la fausta nueva no lo encontró ya en el Rosario, sino más adelante, en Soatá, camino de Bogotá. Había prescindido del viaje expedicionario a Panamá, instando al vencedor de Cartagena a que lo tomara a su cargo y procediera sin demora: " ¡la paz viene pronto y el Istmo no es todavía nuestro! "

Se equivocaba en cuanto al pronto advenimiento de la paz. No sabía aún que el 2 de septiembre sus comisionados para negociar el reconocimiento de la independencia en Madrid más Zea que se les había agregado en París, recibieron del ministro español de relaciones exteriores orden inesperada y ofensiva de abandonar a Madrid en el término de 24 horas, después de haber permanecido en la coronada villa por espacio de tres largos meses inactivos y despreciados del gobierno, contra todos los precedentes y prácticas de la diplomacia. De paso apuntamos que la orden del gobierno español se debió al conocimiento de la ruptura del armisticio por los acaecimientos de Maracaibo antes de Carabobo.

Si la biografía de Bolívar se escribiese a modo de un calendario de fechas y acontecimientos bélicos y civiles, por más gloriosos y sabios, definitivos y de hondo influjo que éstos fueran, su persona quedaría muy lejos del conocimiento completo que requiere por parte de la historia, y se restaría a la educación cívica de América, un acervo precioso que para todos significan los sentimientos puros de justicia y gratitud que guardaba en su pecho como arma sagrada para con los bienhechores de la patria, fuesen personalmente de convicciones adversas.

Uno de estos ejemplos lo constituye el recuerdo de los beneficios conseguidos por la patria mediante la intervención decisiva que hacía diez años había llevado a cabo el realista vasco don Francisco Iturbe ante el entonces omnipotente Monteverde para obtenerle el pasaporte con que pudo salir del país e iniciar la obra redentora cuyo éxito se estaba paladeando.

Don Francisco Iturbe, con el triunfo de la república, había considerado oportuno ausentarse del país, y sus cuantiosos bienes quedaron a merced de la confiscación decretada por el congreso. Uno fue saberlo el Libertador en marcha para Maracaibo y escribir el 26 de agosto desde Trujillo esa carta que por sí sóla es un retrato de su noble contextura moral. (1)

Más tarde halla a doña Francisca Prieto de Torres, viuda de Camilo Torres, en la más triste condición. ¡Camilo Torres, el hombre que comprendió a Bolívar antes que todos, que hizo posible su invasión de Venezuela en 1812-1813, que lo alentó en los tristes días de la derrota en 1814 con la palabra profética y los honores otorgados; Camilo Torres, una de las víctimas más conspicuas inmoladas por el Pacificador Morillo en 1816 en la hecatombe granadinal! No se dejó esperar el socorro. Yo gozo, pensó, de un sueldo de 30,000 pesos anuales mientras esta mujer viuda de un ciudadano perínclito, mártir de la libertad, el más grande de los colombianos, yace en la más espantosa miseria . . . No es posible esta anormali-

---

(1) He aquí el tenor de la noble comunicación:

Al excelentísimo señor presidente del congreso general de Colombia - Excelentísimo señor: Permítame V.E. que ocupe, por primera vez, la bondad del gobierno de Colombia en una pretensión que me es personal.

Cuando el año de 12 la traición del comandante de la Guayra, coronel Manuel María Casasa, puso en posesión del general Monteverde aquella plaza con todos los jefes y oficiales que pretendían evacuarla, no pude evitar la infausta suerte de ser presentado a un tirano, porque mis compañeros de armas no se atrevieron a acompañarme a castigar aquel traidor o vender caramente nuestra vidas. Yo fui presentado a Monteverde por un hombre tan generoso como yo era desgraciado. Con este discurso me presentó don Francisco Iturbe al vencedor: "Aquí está el comandante de Puerto Cabello, don Simón Bolívar, por quien he ofrecido mi garantía: si a él toca alguna pena, yo la sufro: mi vida está por la suya". ¿A un hombre tan magnánimo puedo yo olvidar? ¿Y sin ingratitud podrá Colombia castigarlo?

Don Francisco Iturbe ha emigrado por punto de honor, no por enemigo de la república, y aún cuando lo fuera, él ha contribuido a librarla de sus opresores sirviendo a la humanidad, y cumpliendo con sus propios sentimientos: no de otro modo. Colombia en prohijar hombres como Iturbe, llena su seno de hombres singulares.

Si los bienes de don Francisco Iturbe se han de confiscar, yo ofrezco los míos como él ofreció su vida por la mía; y si el congreso soberano quiere hacerle gracia son mis bienes los que la reciben, soy yo el agraciado.

Suplico a V.E. se sirva elevar esta representación al congreso general de Colombia para que se digne resolver lo que tenga por conveniente".

dad . . . Y escribe al vicepresidente Santander que "he venido en ceder a la señora Francisca Prieto mil pesos anuales de los que a mí me corresponden".

Después de todo esto no es más que un incidente de entre tantos semejantes: dígalo si no la lista de donativos y pensiones e intervenciones generosas que exhibe la historia en beneficio de los amigos, de los soldados de la independencia, de cuantos de un modo u otro sirvieron a la causa: doña Inés Mancebo de Millares, el abate de Pradt, el ceder al estado sus sueldos devengados en retribución de sumas mucho menores que se había visto en la necesidad de distraer para socorrer a "parientes y amigos que en las Antillas se hallaban en la última extremidad"; el tierno trato dado, contra las duras negativas de su hermana María Antonia, a su liberta Hipólita, porque "su leche amamantó mi vida y no he conocido otro padre que ella".

Capítulo III

1820-1821

REPUBLICAS O MONARQUIAS—HERMANDAD O DESUNION

RESUMEN

La causa realista vencida, pero no muerta — Bolívar resuelve irse al sur por Bogotá — El Perú, la meta de las nuevas operaciones — Necesidad de reducir a Quito — San Martín conduce al Perú el ejército libertador — Armisticio y conferencia de Miraflores — Sugestión monárquica de los delegados de San Martín — Fracaso de la conferencia — Desembarco de San Martín en Ancón y confusión en Lima — Toma de la fragata Esmeralda — Deposición del virrey Pezuela y nombramiento del general José de La Serna — Conferencia de Torreblanca, sin trascendencia — Aparición de don Manual Abreu — Las conferencias de Punchauca — Proposiciones de San Martín — Alarma del Libertador — Monarquismo en el Perú, Argentina, Chile y Méjico — No pueden tildarse de exóticas a estas tendencias monárquicas — Lo que puede considerarse extraño es la actitud de Bolívar en este punto — Ansiedad del Libertador por las tendencias monárquicas de que tuvo noticia — Carta a Soublette acerca de los negocios de Méjico — Misión de Diego Ibarra ante San Martín: su objeto ostensible y su verdadera intención — Instrucciones que recibe Ibarra: si sus razones no logran convencer al Protector, protestará usted de un modo positivo y terminante — ¡Santa ambición de Bolívar! — Recursos diplomáticos — La unión americana en el concepto de Bolívar — La prédica de la unión — Embajadas de Méjico y Perú, Argentina y Chile — Don Miguel Santamaría y don Joaquín Mosquera — Instrucciones a los embajadores — La ceguedad de Bernardino Rivadavia en la Argentina — El arbitraje y el uti possidetis.

VENCIDA, PERO NO MUERTA, andaba la causa realista en Venezuela. Ya hemos visto como la hidra levantaba a veces la cabeza. No escarmentaba, no sucumbía con los violentos golpes que recibía en acciones como Coro y Cumaná y como Cartagena y Santa Marta. En el sur de Nueva Granada andaban peor las cosas. Pasto, con su admirable lealtad a la monarquía y adhesión incondicional a Fernando, era ahora el más serio problema que obstaba a la libertad de la tierra neogranadina de Quito. Entre sus rocas fluviales,

sus ríos y sus montañas desafiantes, se ostentaba como un centinela impertérrito y avanzado de los caminos de la opresión peninsular.

El Libertador, investido de la presidencia de Colombia por el congreso constituyente del Rosario de Cúcuta, había desistido por ahora de su viaje expedicionario por Panamá y dirigídose a la capital granadina constituida en capital de la república.

No era Quito la meta de sus aspiraciones. Quito libre redondeaba el mapa de Colombia autónoma, libre y soberana; pero había mucho que hacer después si se quería que su obra quedase asegurada contra la reacción realista que seguramente había de estallar por el Perú. Se necesitaba de Quito como base para aplastar al brillante y engreído ejército que desde el Perú bregaba por abrirse paso hacia el norte y acabar con el fruto de doce años de sacrificios. Se necesitaba a Quito y el Ecuador todo para obligar a los peruanos, reacios a su propio bien, a amar la libertad; era urgente la reducción de su territorio para poder luego aniquilar las huestes más poderosas y brillantes que puso España en América y guardar a Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata, de un movimiento retrógado que diese en tierra con las conquistas ya logradas por estos países, es decir que extinguiese su independencia.

El general José de San Martín, después de reorganizar el ejército y prestar sus valiosos servicios a las Provincias Unidas del Río de la Plata, comprendió que la independencia alcanzada por ellas vivía en condiciones muy precarias mientras ejércitos realistas dominasen en Chile y el Perú; así que formado el famoso Ejército de los Andes, tramontó la cordillera, cooperó eficazmente con O'Higgins en la independencia de Chile y condujo al Perú una expedición de 4,600 hombres compuesta de argentinos y chilenos apellidada "Ejército de Chile" o "Ejército libertador". Ya se comprenderá que su objeto era transformar al Perú en nación autónoma. Desde el 8 de diciembre (1820) comenzaron los expedicionarios a echar pie a tierra en la bahía de Paracas.

Por iniciativa del virrey, emisarios suyos celebraron conferencias con representantes del jefe patriota, a quien halagaba la idea de ahorrar sangre, y como ello no podría lograrse sino por avenimiento pacífico con los caudillos españoles, que vayan mis representantes, se dijo San Martín, a la Ciudad de los Reyes; y así entre otras ventajas, tendré noticia de la situación del enemigo. Pero el astuto Pezuela contuvo en Miraflores a los emisarios del expedicionario, frustrando de este modo gran parte de sus intenciones. Por su

puesto, Pezuela pensaba: esta conferencia me dará tiempo para poner en guardia mis tropas, dispersas en el país, sobre la presencia de las que vienen a disputar la propiedad y dominio de S.M. Católica.

Las conversaciones se verifican, pues, en Miraflores, con un armisticio de 8 días a partir del 26 de septiembre (1820). Para el intento de arreglar la finalización incruenta de la querella entre americanos y europeos era preciso establecer previamente las bases. Pactemos una tregua, dicen los representantes del virrey, dentro de la cual, retirado del país el ejército de Chile al Desaguadero, se enviarán a España los comisionados peruanos que deben recabar de la madre patria el cese feliz y definitivo de la mutua enemistad.

Los mandatarios de San Martín aceptan el traslado al Desaguadero, pero a condición de que el virrey saque sus tropas del Alto Perú, golpe maestro que su contrincante no podía aceptar so pena de entregar la llave del triunfo en la guerra. Queda dicho con todo esto que por falta de avenencia la conferencia de Miraflores no dio resultado alguno en cuanto al empeño de la cesación de hostilidades. A estar a la declaración del virrey, los delegados de San Martín, que lo fueron el argentino Tomás Guido y el Colombiano Juan García del Río, le manifestaron que "no sería difícil encontrar en los principios de equidad y justicia la coronación de un príncipe de la casa reinante de España" como medio de obtener la paz buscada.

Pero la mente de los representantes de la corona tanto en América como en España no había avanzado un solo paso de la actitud primitiva de los pronunciamientos americanos de 1810: su base era a todo trance el reconocimiento de la soberanía de Fernando VII, punto en que el Libertador mostró siempre la intransigencia de su memorable discurso del 4 de julio de 1811, acicate decisivo para el vacilante congreso nacional: la base de todo arreglo de paz no puede ser otra que el reconocimiento de la independencia integral de Colombia.

Así es que aun la engañosa música del establecimiento de una monarquía en el Perú bajo la corona de un príncipe español que en resumidas cuentas era una cortapisa de esa independencia absoluta, podía ser suficientemente seductora para el virrey, desde luego que ese príncipe estaría desligado de dependencia política de la península. Fracasó en consecuencia la conferencia de Miraflores, aunque no fue poca la ventaja que de ella sacó Pezuela por el conocimiento que obtuvo de la ideología de las principales figuras patriotas

con que había de habérselas y por la oportunidad brindada por la pequeña tregua para tomar posiciones.

El vencimiento de la tregua y ruptura de las negociaciones de Miraflores dejó las manos libres a los dos bandos.

Treinta de octubre de 1820. Desembarco de las fuerzas chileno-argentinas en Ancón. Consternación, confusión, pánico en Lima. Se perdió, sin embargo, la bella oportunidad de entrar en la capital del virreinato, acaso porque la deficiencia en el servicio de espionaje no permitió al jefe expedicionario conocer el caos que allí produjo su presencia a treinta kilómetros de distancia. Cochrane, el almirante de la escuadra, lleva a cabo la épica hazaña de tomar al abordaje la fragata Esmeralda que estaba anclada en el puesto del Callao al abrigo de trescientos cañones de las fortalezas y bajo la custodia del numeroso tren flotante de guerra.

También en esta desmoralizadora coyuntura habría sido fácil tomarse la capital. Otro, sin embargo, era el plan del general en jefe, quien movió su gente al puerto de Huacho.

Las operaciones que desde el valle de Huaura emprendió el ejército chileno no entran dentro del radio de esta obra. Mencionaremos sí, al pasar, que en el campo realista tuvo lugar una asonada que cambió completamente la dirección de los negocios por ese lado. Dos bandos de política interna había entre los directores de las operaciones reales: los constitucionalistas y los absolutistas. Prominentes entre aquéllos, Jerónimo Valdés y José de Canterac. El virrey Pezuela representaba a los absolutistas. Cuando entre los que se hallan empeñados en una misma empresa existen sentimientos de aversión tan fuertes como los motivos políticos que dividían entonces los ánimos de los españoles, no es extraño que se busquen a todo trance argumentos con que abatir al contrario. Pezuela, decían los constitucionalistas, ha cometido gravísimas fallas en perjuicio de nuestra causa: ha sido remiso en sus operaciones contra el general adverso Arenales; cuando Alvarado se separó del grueso de su ejército el virrey se opuso a que Jerónimo Valdés lo atacase; fue demasiado tardío en llevar contra San Martín la ofensiva que se había dispuesto, etcétera. Y los amotinados depusieron al virrey Pezuela el 29 de enero de 1821 y nombraron en su lugar al general La Serna. La Serna será en lo sucesivo el virrey y general en jefe español hasta su derrota y prisión en Ayacucho.

A nuestro objeto concierne seguir los actos del general San Martín en relación con los proyectados tratados de paz.

También en Torreblanca, en los primeros días de febrero, hubo conferencias entre Guido y Rudecindo Alvarado, representantes del general en jefe del ejército chileno, y los coroneles Jerónimo Valdés y Juan Loriga, delegados del virrey. Poca trascendencia tuvieron y la historia poco las menciona.

Aparece en escena un nuevo personaje. Es don Manuel Abreu, uno de los numerosos comisionados españoles para pactar la pacificación con los patriotas americanos. Estaba destinado a Chile; mas como en el Perú había en la persona de San Martín un representante de Chile, le pareció que podía ahorrarse el viaje a ese país y tratar con el general. Fue consejo del virrey. Desde luego San Martín le llevaba una ventaja; porque habiendo pasado Abreu por su campamento de Huaura fue, según las palabras del historiador chileno Irarrázabal Larraín, "atendido allí por San Martín, que supo hacer valer ante él la importancia de las fuerzas de que disponía y siguió a Lima convertido no sólo en panegirista de aquél, sino en lo que hoy se llamaría un derrotista respecto al porvenir de la dominación de España en el Perú".

Aceptó Abreu la sugestión de La Serna y las conferencias de "pacificación" se llevaron a cabo en Punchauca desde el 4 de mayo (1821). Los mismos delegados patriotas; Jerónimo Valdés y Juan Loriga por los realistas. Pasemos por alto detalles basados en propuestas monarquistas de arreglo por parte de los patriotas, para conocer las siguientes proposiciones del general argentino, que resumen su desiderátum:

"1°: el general La Serna será reconocido presidente de una regencia compuesta de tres individuos;

"2°: el mismo general o el que él elija mandará los ejércitos de Lima y patriótico, como una sóla fuerza;

"3°: quedará sin efecto la entrega pretendida y convenida del castillo del Real Felipe y demás fortificaciones del Callao;

"4°: el general San Martín marchará a la península en compañía de los demás que se nombren para negociar con el soberano de España;

"5° las cuatro provincias del Río de la Plata quedarán agregadas a la monarquía del Perú;

"6° el grande objeto de estas negociaciones es el establecimiento de una monarquía constitucional en el Perú; el monarca será elegido por las cortes generales de España, y la constitución a que quede ligado será la que formen los pueblos del Perú;

"7° se cooperaría a la unión del Perú con Chile para que integrase la monarquía y se harían iguales esfuerzos respecto de las provincias del río de la Plata".

Con motivo de la famosa conferencia de Guayaquil hemos de ver confirmadas las firmes opiniones monárquicas de San Martín, que, al conocerlas desde ahora el Libertador, le causaron la alarma que trasunta en más de un documento; alarma, no por temor de que ellas pudieran conducir a algún acto de deslealtad del adalid del sur, sino porque los arbitrios que, eso sí, honrada y sinceramente proponía para que cesase la lucha armada y por consiguiente se estancase la sangre vertida en busca de la libertad por el pueblo americano, llegarían a conducir a las redes que por otra parte estábamos todos empeñados en sacudir para labrar a la América un status independiente y soberano.

Este mismo error de adoptar la forma monárquica de gobierno era el de la mayor parte de los prohombres del Rió de la Plata, y había de durar todavía por muchos años: distinguidos prohombres suyos fueron comisionados para buscar en Europa un monarca entre las familias reales.

¿Y Chile? No era Chile más adicta al régimen republicano. La misión de Antonio José Irisarri llevaba las mismas miras que reseñamos. La antigua capitanía general hoy independiente con la acción admirable de don Bernardo O'Higgins y la generosa y decisiva cooperación de San Martín, estaba señalada, como la Argentina, en el artículo 7° de sus proposiciones en Punchauca, como objeto de la propaganda para constituír una vasta monarquía con un príncipe borbónico a la cabeza.

Méjico era también otro argumento de ansiedad. Allí a la propuesta había seguido inmediatamente la acción. Don Agustín de Iturbide no esperó siquiera que el tratado concluído con el general y virrey O'Donojú obtuviese la sanción peninsular sino se proclamó regente del rico virreinato mientras venía a regirlo en propiedad nada menos que Fernando VII en persona. Había de coronarse él mismo emperador al no aceptarse su plan por España.

¿Hemos de tildar de extraños, extraordinarios estos movimientos y tendencias monárquicas tan generales? De ningún modo. Esas tendencias acreditan con creces la eficacia con que la madre patria volcó su espíritu en América en sólo trescientos años de dominio. No es de culpar a los nobles adalides que de buena fe proponían la monarquía como medida salvadora de gobierno, o buscaban a un príncipe español para dar cima a sus anhelos de autonomía. No era

privativo del sur ni de Méjico. En la misma Colombia no faltaban hombres eminentes que compartían con los mencionados, ideales semejantes.

Lo verdaderamente extraordinario, lo increíble si no tuviésemos el testimonio irrecusable, es que en medio de este cuadro psicológico, que de entre la nobleza americana, surgiera un hombre que desentonase en el concierto unánime y mirase la realeza con invencible desdén y hubiese abogado desde la iniciación de su carrera por el sistema democrático bajo regencia republicana absolutamente propia sin la más leve ingerencia de sangre imperial en nuestros asuntos. A este respecto de la tutela imperial, tuvo que enfrentarse al primer congreso de Venezuela, en 1811, como lo proclama su *"maiden speech"*, en la Sociedad Patriótica, como dicen los ingleses con que refutó arbitrios propuestos con miras a contemporizar en cierto modo con los soberanos tradicionales: ".... ¡que debemos atender a los resultados de la política de España! ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o los conserve, si estamos resueltos a ser libres? Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. ¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma ¿no bastan....?"

Este año de 1821 lo fue de crisis. Afirmó por una parte la independencia y soberanía de Colombia, pero por otro lado vio el Libertador amenazada su gloriosa obra republicana: la vio estrechada y oprimida por los dos extremos, norte y sur del continente indoespañol, por la ideología que intransigentemente repudiaba. Más que nunca veía ahora la necesidad de "no entrar en transacción con España mientras no se admitiese, como base única el reconocimiento de la independencia absoluta de las repúblicas de América": son en ésta u otra forma sus reiteradas palabras a los representantes de la empresa de la libertad y a los delegados realistas. Las anteriores fueron formuladas al director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata en larga misiva del 4 de febrero. Tocante a Europa, agrega: "nada influirá tanto en su concepto como vernos proceder de acuerdo en la negociación de paz, aprovechando la ocasión en que, ocupada España en su propia restauración, no pueda atender a la continuación de nuestra guerra, por los riesgos a que se expondría por su actual estado de debilidad, y porque sería contradecirse a sí misma". ¡Cómo sería, pues, su alarma ante las noticias de las conferencias encaminadas en sentido monarquista entre Iturbide y O'Donojú en Méjico y entre San Martín y los realistas en Miraflores, Torreblanca y Punchauca! ¡No puedo creer los de Punchauca! pensaría Bolívar, es preciso

enviar a mi fiel edecán Diego Ibarra a que se informe auténticamente de los hechos y me remita noticias fehacientes, y aconseje al Protector el mejor camino que debe seguirse. Somos vecinos por desgracia, estamos en medio de estos países que esperan de un príncipe su redención, que logradas sus miras monárquicas establecerán el más riguroso espionaje con el objeto de aprovechar la primera ocasión que se presente para invadirnos con éxito, para debilitarnos y aniquilarnos destruyendo nuestro sistema republicano. Son innumerables los medios y recursos de un gobierno fuerte y enérgico como el monárquico para atacar a un vecino que no lo es tanto. Son muchas las alianzas y pactos que pueden formar con poderosos que tienen el mismo interés que él, mientras que hasta hoy nuestra república no cuenta más que con el valor, virtud y heroísmo de nuestros soldados.

Y sobre estas idcas escribe desde Bogotá a Soublette el 22 de noviembre a fin de que ponga en guardia al pueblo de Caracas contra el trabajo de zapa que puede dirigirse por el Borbón que viniese a Méjico, para someter a Colombia a su dominación o a la de algún pariente suyo.

No eran menos alarmantes las nuevas recibidas del sur. Las conferencias del Perú cuyos ecos le habían llegado, eran lo más a propósito, sin que tal fuera el intento de San Martín, para desunir las clases y los intereses y malograr "el fruto de tantas acciones heroicas y de tantas virtudes dignas de la libertad, de la independencia y de la paz".

En estado de honda preocupación es cuando resuelve despachar ante el general San Martín a su edecán el coronel Diego Ibarra. El todavía no estaba convencido, no podía creer cierta la noticia de que el ilustre general rio-platense propusiese al jefe de las fuerzas enemigas y virrey del Perú que se pusiese a la cabeza del ejército patriota, y a la cabeza del país como regente mientras llegaban un príncipe borbón a ceñir la corona imperial del Perú. "Observe usted con cuidado", escribe a Ibarra, "y si resultaren confirmados los términos del tratado, haga lo posible por que el general en jefe desista del proyecto de erigir un trono en el Perú, representándole el escándalo que ello significaría para las repúblicas ya establecidas en el continente; las nuevas dimisiones que producirá en su ejército; el aliento que infundirá a los españoles para continuar la guerra con los demás estados y últimamente, el peligro de que halle aquí la Europa un pretexto para mezclarse en nuestras disenciones con la España; y trate de disuadirlo a imponer la ley de la arbitrariedad del trono y su absoluto poder sobre el pueblo". Y

van más allá las instrucciones dadas al coronel Diego Ibarra: si todos los esfuerzos y razonamientos que le inspire su buen sentido no son capaces de disuadir de su plan a San Martín, entonces "protestará V.S. de un modo positivo y terminante, que Colombia no asiente a él, porque es contra nuestras instituciones, contra el objeto de nuestra contienda, contra los vehementes deseos y votos de los pueblos por su libertad".

No era posible expresar su pensamiento republicano con más precisión y claridad ni trasuntar con más transparencia sus temores por el porvenir de la causa republicana en que él solo entre los caudillos americanos cifraba la verdadera libertad que tan caro venía ya costando a la América española.

Unidad en la generosidad de los sentimientos y aspiraciones era la primera condición que vislumbraba para asentar en suelo americano sin peligros ni zozobras, de modo estable y firme, la bandera que había hecho triunfar ya en Colombia y que se proponía plantar como árbol lozano y prolífico en el resto del mando hispanoamericano según sus reiteradas promesas.

Bien dice Bolívar a San Martín (23 de agosto, 1821) que su primer pensamiento en el campo y victoria de Carabobo fue "el Perú y su ejército libertador". El 21 había escrito a Santander desde El Tocuyo que seguiría a Cúcuta y a mediados de septiembre estaría en Bogotá de paso para Quito. Y le advierte: "cuidado, amigo, que me tenga usted adelante cuatro o cinco mil hombres para que el Perú me dé dos hermanas de Boyacá y Carabobo. No iré si la gloria no me ha de seguir, porque ya estoy en el caso de perder el camino de la vida o de seguir siempre el de la gloria. El fruto de once años no lo quiero perder con una afrenta, ni quiero que San Martín me vea si no es como corresponde al *hijo predilecto*. Repito que mande usted todo lo que tenga al sur para que allá se forme lo que se llama un ejército libertador".

¿Ambición? Llamásele así en buena hora. Escritores para quienes la historia se confunde con los odios de mezquina política como no los hay pocos en la Colombia de hoy, historiadores y maestros a quienes un necio e injustificado sentimiento de emulación que casi se confunde con la envidia, como se hallan a porrillo en ciertos países del sur, usan del epíteto de ambición para aplicarlo a Bolívar, formarle así vanamente ambiente por demás odioso y crearle entre los niños de las escuelas una reputación histórica de repudio. La historia verdadera desde hace casi siglo y medio ha sabido colocar al Libertador en el punto que le corresponde. Ras-

que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América. ¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo".

Esto había escrito a cinco años del grito de emancipación de su patria. Está hoy a seis años de la carta de Jamaica. Tan bellas palabras no eran alarde de pirotécnica elocuencia como acostumbran los políticos para engañar a los pueblos y a los votantes; encerraban una de las más fundamentales ideas asentadas profunda y sinceramente en su espíritu, que de diverso modo fue enunciando después en ocasiones oportunas. A don Juan Martín de Pueyrredón manifestó tres años más tarde: "Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés a entablar por nuestra parte el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas".

A los habitantes del Río de la Plata, a O'Higgins, aprovechando las ocasiones, a todos exponía los deseos de su corazón por la unidad y confederación americana como institución guardiana de la libertad, autonomía y majestad del nuevo mundo.

Ornado con los laureles de la victoria, nimbado por la gloria que en todo el mundo civilizado lo proclama padre de la libertad de América y árbitro de la paz y de la guera, ahora se prepara para dar en el sur los golpes que han de consolidar la libertad hasta entonces precaria y amenazada por un poderoso ejército español; ahora ve como visión del presente al Ecuador redimido y al bajo y alto Perú libertado absolutamente por sus huestes veteranas, y las aguerridas tropas peninsulares disueltas por la derrota. Ahora es propicio el momento para poner los medios adecuados a conseguir los frutos del pensamiento que guarda fresco y lozano desde entonces, avivado por la exaltación de las victorias recientes y por los triunfos definitivos que su confianza profética está ofreciendo a su país.

se vio compelida a solicitar el auxilio de Colombia y del Libertador!

Entre los principios fecundos sentados en la oportunidad de los tratados que llevaban instrucciones de celebrar los embajadores, figura el fecundísimo del *uti possidetis,* es decir, que para el reconocimiento de las fronteras de cada estado había que atenerse a la que poseía en 1810, el año inicial de la emancipación, lo que no impedía que varios estados convinieran en unirse para constituir uno sólo a ejemplo de Colombia.

En una palabra, quedaban pregonadas las doctrinas del arbitraje, incorporada en el derecho universal, y la del *uti possidetis* que forma parte del derecho americano.

Capítulo IV

1821-1822
REVOLUCIONES DE QUITO, GUAYAQUIL Y PANAMA

RESUMEN

Breve noticia de Sucre – Silueta de Sucre: sus inclinaciones intelectuales, su formación moral, el sangriento tributo de su familia, su primer encuentro con Bolívar, su separación de Mariño, sus dotes diplomáticas – Juicios de Bolívar – Ventajas obtenidas con el triunfo de Boyacá – Escasez de elementos de guerra – Amenazas y tropas realistas – Exitos realistas en el sur – Destino del general Manuel Valdés al sur – Mariano Montilla y otros en el norte – El Libertador resuelve ir en persona al sur – Tiene que volverse desde la Mesa – Valdés pierde las ventajas que le habría dado su triunfo de Pitayó – Sucre es nombrado comandante de su división – Influencia de la batalla de Carabobo en Centroamérica y Méjico – Mourgeón llega a Panamá – Reorganiza la administración – Nombra comandante del Istmo al panameño José de Fábrega – Aprovechan los panameños la circunstancia, declaran su independencia y se adhieren a Colombia – Las rebeliones de Quito de 1809 a 1812 – El batallón Numancia – Oficiales despedidos del Numancia por sospechosos – La rebelión de Guayaquil el 9 de octubre de 1820 – Formación de la junta independiente Olmedo-Jimena-Roca – Las tres aspiraciones políticas de los guayaquileños – La situación de Guayaquil en relación con Colombia y el Perú – Reales cédulas del 7 de julio de 1803 y 25 de junio de 1819 – Derrotas de Huachi, Verdeloma y Tanizahuá.

ENTRE LA PLEYADE de hombres meritorios que dio a luz en Venezuela la guerra de la independencia, sobresale el general Antonio José de Sucre, nacido en Cumaná el 3 de febrero de 1795. Pocos militares señala la historia que se le igualen en los sentimientos de humanidad que desplegó este joven en medio de los mares de sangre venezolana en que naufragó la vida de su familia y la de tantos paisanos suyos; pocos tan valerosos personalmente y tan hábiles en la dirección de un ejército en medio de la pelea o en su

conducción para encontrar el momento oportuno de desafiar al enemigo; tan severo en la disciplina y blando en su manejo del soldado; tan austero consigo y tan indulgente con debilidades intrascendentes en lo tocante a disciplina militar o conveniencias sociales. Era un admirable organizador con la bella cualidad de "hacer amable cuanto tocaba", según la frase de Bolívar, a quien profesó hasta la muerte un cariño filial y lealtad sin fallas, sin que esto significara que en cierta ocasión no le reclamase amargamente por una disposición que juzgó ser lesiva de su honor y dignidad de soldado. Sucre era un hombre tal como deben ser los hombres. De más mérito que él no había otro en el ejército. En otra ocasión hemos reproducido de O'Leary la síntesis magnífica con que Bolívar escribió a Sucre en 1819 cuando en Bucaramanga aquel le preguntaba quién era ese que se le acercaba; y no está fuera de lugar copiarla de nuevo ahora que Sucre está, digásmoslo así, a la entrada definitiva del templo de la gloria: "es uno de los mejores oficiales del ejército; reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca no se le conoce ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a luz, persuadido de que algún día me rivalizará". Este juicio lo emitió el Libertador cuando apenas lo había tratado; y después de Ayacucho, Perú de la Croix pone las siguientes palabras como auténticas del Libertador: "Sucre es caballero en todo; es la cabeza mejor organizada de Colombia; es metódico; capaz de las más altas concepciones; es el mejor general de la república y el primer hombre de estado; sus ideas son excelentes y fijas; su moralidad ejemplar; grande y fuerte su alma. Sabe persuadir y conducir a los hombres; los sabe juzgar, y si en política no es un defecto el juzgarlos peores de lo que son en realidad, el general Sucre tiene el de manifestar demasiado los juicios desfavorables que hace de ellos. Otro defecto del general Sucre es el de querer mostrarse en extremo sencillo, muy popular, y el de no saber ocultar que en realidad no lo es. ¡Pero qué ligeras manchas sobre tantos méritos y tantas virtudes que no se muestran, y que para verlas es menester un ojo muy observador! A todo esto añadiré que el gran mariscal de Ayacucho es valiente entre los valientes, leal entre los leales, amigo de las leyes y no del despotismo, partidario del orden, enemigo de la anarquía, y finalmente, un verdadero liberal".

Ya iremos viendo cómo su valor, talento, pundonor y hazañas vinieron a convertirlo, como lo había vaticinado Bolívar, en un émulo suyo auténtico.

No era Sucre a los ojos de Bolívar, como se acaba de ver por sus elogios, un luchador anónimo que súbitamente se elevaba por un golpe ciego de la fortuna. Desde los arranques de la gran contienda contó la América en él con uno de los guerreros más abnegados, más decididos e inteligentes. Sus inclinaciones hacia las ciencias matemáticas ayudaron a conformar la personalidad militar y el carácter moral. Su ambiente doméstico fue de patriotas: su padre y hermanos fueron baluartes inconmovibles de la causa republicana desde los días de su iniciación, y de las venas de esa familia corrió a raudales la sangre como en el altar de un holocausto. Su hermano mayor, Francisco fue fusilado por orden de Morillo. Su hermano Pedro pereció en la batalla de la Puerta. Su hermano Vicente fue asesinado en el hospital de Cumaná ante la orden de asesinar y robar dada por Boves; su hermana Magdalena agonizó de horror ante el saqueo de Cumaná; su madrastra Narcisa Sánchez hubo de arrojarse por un balcón para eludir los ultrajes de las hordas de esa fiera con figura humana, y murió a consecuencia de la acción desesperada. Podría creerse, pues, que su corazón era un frondoso plantel de rencores contra los realistas. Bien contradice la historia auténtica esta conclusión que parecería lógica: encontrando a un infeliz realista en derrota lo detiene con su destacamento: ¿Quién es usted, a dónde va? El fugitivo descubre su identidad. Tome usted por este camino, que si sigue por donde va pronto lo alcanzará la columna de Sucre y usted será sacrificado sin remedio. Tales eran la humanidad y entrañas del autor de las capitulaciones de Pichincha y Ayacucho que veremos después, y del principal consejero de los tratados de Trujillo en 1820.

Era casi un niño y ya la naciente patria aprovechaba sus servicios. Sirvió bajo Miranda. Cuando la primera república de Venezuela agonizó bajo el machete de Monteverde, se refugió en Trinidad y fue uno de los cuarenta y cinco valientes que comandados por Mariño invadieron el suelo patrio y reconquistaron el oriente de Venezuela. Bastó a Bolívar una breve entrevista con él para adivinar toda su valía. Navegando los dos en direcciones contrarias pregunta el Libertador: ¿quién es el que viene en esa flechera? El general Sucre, le contestan. Había sido ascendido por Zea sin legítima autorización. No hay tal general Sucre, dice Bolívar, háganlo acercarse. Quizás mis servicios justifiquen este título, dice, pero no pensé nunca aceptarlo sin la sanción de V.E. Fue suficiente. Nadie como Bolívar para dar su justo valor a esta amalgama de la dignidad personal con la disciplina. Desde entonces juró en su corazón hacerlo conocer de sus tropas y de sus conciudadanos "convencido de que algún día había de rivalizarlo".

Sucre hizo sus armas hasta 1817 en el oriente de Venezuela. Fue el jefe de estado mayor de Bermúdez y dependía de Mariño hasta la frustrada intriga del congresillo de Cariaco, conato de desconocer la autoridad de Bolívar y suplantarlo con Mariño. Entonces, con otros jefes notables, como Urdaneta, el capitán Jerónimo Sucre, su hermano, el capitán Francisco Portero y cosa de treinta oficiales más, resolvió separarse de esa hoguera de intrigas y pasiones nada honrosas en que se había convertido el oriente bajo la conducción de Mariño, y se refugió en la adhesión al Libertador.

Fue eficasísima su ayuda en esos años de dura prueba para Bolívar, por sus dotes sobresalientes de lealtad, de organizador, de diplomático, y en este último concepto debe acreditársele en gran parte entre sus actos más sobresalientes el sometimiento de Mariño a la autoridad de Bolívar y, como se ha mencionado, el papel importante que desempeñó en la celebración del tratado de regularización de la guerra con Morillo en 1820. Se menciona también su intervención para impedir que Bolívar infligiera un castigo ejemplar en los responsables de la disidencia de Cariaco, origen de la pérdida de tantas conquistas efectuadas en el territorio de Cumaná, y de la sangrienta, adversa catástrofe de Barcelona en el mismo año de 1817.

Bastan estos rasgos de Sucre para justificar la estimación de que gozaba en el concepto del jefe supremo. Fue además el más leal de sus seguidores, su verdadero brazo derecho, el mejor ejecutor de sus proyectos y al mismo tiempo el más franco de sus consejeros. En el curso de este libro quedarán demostrados más de una vez estos conceptos, por otra parte, no discutidos por historiador alguno.

El triunfo de Boyacá (7 de agosto de 1819) había dado a Bolívar ventajas insospechadas. En recursos adquirió una región riquísima como no se le había presentado todavía en nueve años de guerra. No era menos halagüeño el resultado táctico: Morillo quedaba acorralado entre Nueva Granada, los llanos y el oriente de Venezuela. El mapa de la guerra cambió como por encanto. El movimiento de tropas cobró muchas más facilidades. Para qué hablar de la exaltación del espíritu bélico, el creciente ardor patriótico y la mejor comprensión del beneficio de la libertad. Tenía, empero, que sentirse todavía el resultado de la escasez de dinero, que no puede improvisarse de un día para otro, y de municiones y demás elementos de guerra no ya reducidos sino casi agotados y hasta ahora poco que irremplazables debido a la pobreza en que yacía el país y a la vigilancia española sobre las posibles vías de

acceso y conducción. La conquista del virreinato comenzó a proveer de recursos y a estimular a los contratistas para efectuar de buen grado operaciones de compraventa con los patriotas.

Bolívar aprovechó hábilmente la buena disposición popular para aumentar y restituir sus tropas y echó mano de cuantos recursos naturales vinieron a su encuentro para sanear y aumentar las finanzas y comprar e introducir armas.

Con la batalla de Boyacá y consiguiente conquista de Nueva Granada por Bolívar, excepto algunas regiones del norte y del sur, no habían terminado aún las amenazas que se cernían sobre el virreinato ni mucho menos sobre Venezuela. Tropas tenían los realistas que llegaban a veinte mil hombres, sumando a las que estaban en Venezuela los cinco mil que guarnecían a Santa Marta, Cartagena y Panamá. En realidad de verdad Bolívar no podía desprenderse aún de Colombia para emprender las ansiadas campañas del sur, donde los éxitos de los realistas envalentonaban cada día más a Pasto, que se interponía como infranqueable barrera entre el ejército colombiano y las naciones irredentas del continente. Al sur de la Nueva Granada destinó al bizarro general Manuel Valdés, que acababa de realizar la hazaña de conducir un respetable parque desde Angostura a través de toda la vasta extensión de Venezuela. A Mariano Montilla lo había encargado de la conquista de Cartagena y regiones del norte; a José María Córdova, Hermógenes Maza, José María Carreño, y Jacinto Lara la tarea de recuperar las regiones del Bajo Magdalena; y al coronel Francisco Carmona lo despachó sobre Mompox.

Por lo que se acaba de ver, lejos estaba Venezuela de la ansiada paz; pero la impaciencia del Libertador o acaso la confianza en sus destinos y en sus escogidos compañeros le empujaba a desentenderse de ese territorio entregado a la vigilancia de sus tenientes, para ir en persona a afrontar la lucha en el sur de Colombia y abrir las férreas puertas que dieran paso a Quito y el Perú.

En viaje al sur, en la población de La Mesa, hubo de desandar el camino y regresar a Bogotá, a causa de los pliegos que recibió con noticias de los comisionados de la corona, Sertorio y Espelius, que venían a tratar con él sobre la paz. Por cierto que las conversaciones no tuvieron resultado, porque ellos venían con instrucciones que contradecían el intransigente punto de vista capital de Bolívar: no habrá posible avenimiento con España mientras ésta no reconozca sin reservas la completa autonomía de Colombia.

En enero de 1820, es decir, durante el armisticio, fue nombrado Sucre para hacerse cargo del ejército de Valdés. Este había logrado algunas ventajas. La batalla de Pitayó le proporcionó la entrada a Popayán; pero esa victoria no produjo todos los beneficios que hubiera reportado si el vencedor hubiese seguido el ejemplo de su superior: dejó dispersarse a los vencidos sin una persecución vigorosa, lo que ocasionó adversidades como la que sufrió su división, que fue derrotada en Jenoi. Acaso influyó no poco en el éxito la animadversión que este jefe, meritorio y valeroso, se había atraído en los pueblos de su radio a causa de su trato poco amable a los habitantes y a las autoridades, que entre otras cosas dio por resultado enemistarse con el gobierno en Cali, como capital de la provincia, con la consecuencia de restársele subsidios que había menester para el cabal desempeño de su comisión.

Disgustado por estos sucesos y por la inacción de Valdés, el Libertador despachó al general Sucre para sustituirlo. Tal es la causa del cambio de escenario de este valeroso jefe, donde había de ejecutar hazañas que lo elevaron al puesto de caudillo de la guerra, inferior sólo a Bolívar.

Acontecía el nombramiento del general Antonio José de Sucre como comandante general del Cauca para la campaña del sur, el 11 de enero de 1821, esto es, en plena vigencia del armisticio. La inacción de Valdés alarmaba al Libertador, quien deseaba su mayor avance y fortuna, con el fin de hacer valer sus conquistas llegado el caso; y como también había de tenerse en cuenta la posibilidad de un revés, en este caso podía hacer uso de los términos del tratado para defender los límites de Colombia.

La liberación de Venezuela con la batalla de Carabobo el 24 de junio (1821) extendió la influencia de las armas colombianas hasta los confines del virreinato de Méjico. La destrucción final del brillante ejército español que había conducido Morillo en 1815 fue un estímulo poderoso para que los pueblos de la América Central y Panamá llevaran a cabo sus esperanzas de autonomía. Aquéllos, constituidos más tarde en cinco repúblicas, reunidos entonces bajo el nombre de Guatemala, declararon su independencia el 15 de septiembre (1821); Panamá que era parte del virreinato de Nueva Granada, aprovechando la coyuntura de estar regida por el coronel panameño José de Fábrega, se proclamó autónoma en junta pública de la capital de la provincia, el 28 de noviembre del mismo año. Llegaba así a su culminación una larga tarea preparatoria de patriotas istmeños cuya acción efectiva había comenzado a surtir resulta-